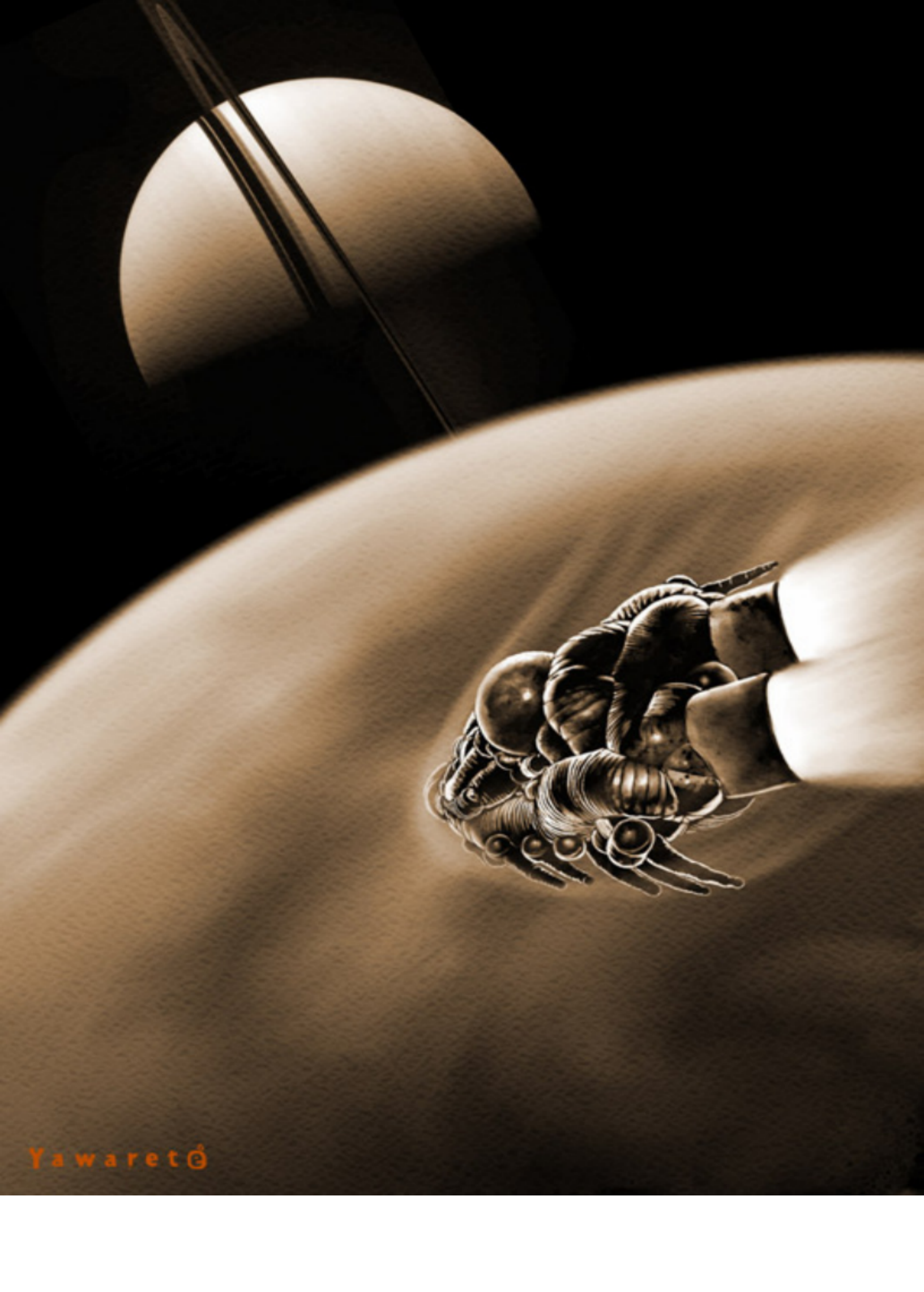

Yawaretè

# Axxón 215, febrero de 2011

# El país que ocupa la isla de Smara

## Fabián C. Casas

ARGENTINA

El país que ocupa la isla de Smara, a cuatrocientas millas al este del Golfo de San Jacinto, es frecuentemente ignorado por las caóticas guías turísticas de la Melanesia. El olvido de tanto editor especializado tiene su razón: Las Provincias Unidas de San Jacinto nunca tuvieron representación alguna en la diplomacia mundial. Tampoco hay delegaciones en los foros de comercio ni en las justas deportivas internacionales. Los sanjacinteños, o "sanjas" como suelen llamarse a sí mismos estos simpáticos aunque enigmáticos descendientes de españoles, apenas intercambian algunos bienes con los estados vecinos. El país se extiende por sesenta mil kilómetros cuadrados, que se dividen políticamente en treinta y seis provincias. La población nativa alcanza el número de un millón y medio de habitantes. En una zona del planeta con tanta riqueza étnica asombra al experto estudioso, descuidado turista o mero náufrago, la homogénea composición de la sociedad sanjacinteña. Todos los pobladores pertenecen al mismo grupo étnico. De tez oscura, de gruesas cejas y tempranamente calvos, los naturales se confunden a primera vista con los indonesios, pueblo imperante en esta zona del Pacífico. Sin embargo, el examen concienzudo revela una sorpresa. Los sanjas son los descendientes de un grupo de náufragos sudamericanos, rioplatenses para mayor precisión, que formando parte de la expedición de Hipólito Bouchard en 1818, hubieron de enfrentar, con variada fortuna, una espantosa tormenta tropical de las típicas que azotan la isla de Smara en la temporada de tifones. El corsario argentino guiaba su flota, en un raid de propaganda y financiamiento a favor de la joven nación americana, a través de los mares del mundo, cuando un barco esclavista del Imperio Británico tuvo la mala fortuna de toparse con la fragata argentina, mensajera de libertad y garantía de justicia. El buque negrero fue capturado prácticamente sin combate. El capitán inglés y el empresario africano fueron juzgados por tráfico ilegal de personas, según las leyes de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Ambos fueron ejecutados y la nave confiscada. La fragata "Marí-Marí", con el aparejo intacto, tripulación saludable y su carga de treinta mujeres

mozambiqueñas en buen estado (hay quien asegura muy buen estado) fue incorporada a la escuadra argentina. En su derrotero por los mares del sur, finalmente la calamidad se ensañó con los marinos. Los vientos enloquecidos azotaron durante dos días y dos noches a la escasa formación, finalizando el vendaval súbitamente con una nave perdida. La Marí-Marí, desmembrada del resto de la flota, navegó a la deriva durante una semana hasta naufragar finalmente en los callos australes de la isla de Smara. Hasta aquí coinciden los relatos sanjeños sobre el origen de su nación. Poco se ha avanzado más allá. Los historiadores locales difieren y polemizan, en forma constante y vehemente, sobre el encadenamiento de sucesos que finaliza en la moderna San Jacinto.

Ya repasada su historia, prestemos atención ahora a la actualidad del país que nos ocupa.

La ciudad capital, "La Perla del Pacífico", nos recuerda a la antigua Berlín de posguerra. El distrito federal se extiende hacia el centro de la isla albergando treinta y cuatro secciones, o "barriadas", cada una de ellas separada del resto por un muro que varía su composición, pudiendo concretarse esta división en un hormigón severo, una ubicua malla de alambre o la muy difundida ligustrina. Sucede que cada zona alberga a los habitantes que han elegido vivir allí aunados bajo la simpatía hacia el mismo partido político. Así, la capital refleja en pequeña escala la inteligente división provincial del resto del país, donde la gente se afinca a libre elección en la provincia administrada por el partido político que mejor la representa, excepción hecha, por supuesto, del Territorio Nacional Anarquista del Cabo Oriental, donde unos seiscientos pobladores viven sin representación partidaria alguna. La prolongada historia institucional del país ha afianzado las relaciones entre las zonas políticas afines. El tráfico se realiza por arterias y portales abiertos en los muros de circunscripción, anunciados por estos mensajes: "Usted está ingresando en la Zona Socialista Democrática: Bienvenido", "Zona Radical, tierra de civismo y progreso", "Zona Neoliberal. Inversores extranjeros bienvenidos", "Zona Conservadora. ¡No se permite la venta ambulante!", y así.

Es imposible intentar un esbozo de la historia local sin balancear cuidadosamente el fuerte impacto que han tenido las comunicaciones en los isleños. La generación de energía insular se realiza cómodamente gracias al betumen obtenido en los yacimientos situados en la zona norte, en la provincia "Peronistas de Perón", eterna contendiente de las vecinas "Patria Socialista" y "Santa Evita". Si bien el producto que virtualmente mana de los afloramientos rocosos no es apto para la refinación y

obtención de naftas, el mismo se consume íntegramente en la usina local, produciendo electricidad para todos los isleños. Esta relativamente generosa provisión de energía ha permitido un desarrollo singular en las manufacturas del país. Tal capacidad les ha permitido a los sanjas adquirir esporádicamente bienes de consumo provenientes del resto del mundo. Aun careciendo de emisoras de radio o televisión locales, los sanjas son ávidos consumidores de televisión satelital y radio de onda corta; esto les permite mantenerse al tanto de las novedades de la madre patria, a la cual se sienten indisolublemente unidos. No existe acontecimiento argentino que no repercuta de alguna manera en la sociedad sanjeña. Triunfos o fracasos deportivos, conflictos sociales, cambios políticos y económicos, todo aspecto de la actualidad argentina tiene su correlato local. A la ola de inseguridad del 2007 le han seguido una serie de estremecimientos políticos que aún hoy mantienen en vilo a los órganos deliberativos de la pequeña nación. Recientemente, las rutas de algunas regiones fueron cortadas por simpatizantes del campo, aunque la producción local agropecuaria está reducida a las huertas comunales que cada pueblo posee. A falta de tractores y maquinaria pesada que impidiera el paso de las bicicletas, palanquines y tranvías, los partidarios locales del campo argentino dispusieron un sistema de cortes basado en el honor del damnificado. Los transeúntes llegaban al punto del piquete, jalonado por un cartel indicador improvisado por los atareados rebeldes: "Usted ha llegadoa un piquete agrario. Dese por impedido de continuar su viaje" y allí, dándose por aludidos, los lugareños procedían a retornar a su punto de origen o bien a sentarse y vociferar contra la impiedad y salvajismo de los revoltosos campesinos. Aunque no se conocen delitos mayores en la isla, la ola de inseguridad creciente ha provocado severos cambios en las costumbres de San Jacinto, especialmente en La Perla del Pacífico. "¿Hasta cuándo seguiremos soportando esto?" se preguntan los pasacalles que, en las regiones de centro y derecha, se atan a los pocos semáforos, que por otra parte, ya nadie respeta una vez que ha caído la noche. Dicen los sanjas que esta es una medida desesperada para evitar atracos, violaciones o asesinatos; y hay que darles la razón, por cuanto a la fecha no se ha registrado ni uno solo de estos crueles delitos.

Es el sueño de todo joven sanja adquirir la mayoría de edad para poder emprender un viaje a Sudamérica, a la patria de sus ancestros. Encandilados por las imágenes que reciben a través de Argentinísima Satelital y Canal 7, cada año son cientos los muchachos y muchachas que se proponen la emigración que cambiará sus vidas. Sin embargo, el viaje a Sudamérica no es trámite fácil para un habitante de la isla de Smara, lejos

como está la ínsula de toda ruta comercial importante, y a la cual los aviones desprecian aún como aeródromo de emergencia. Tarde o temprano, los chicos retornan tras haber consumido tempranamente su dinero, copia artesanal bastante fidedigna del billete de un austral que llegara una vez con los restos de basura arrojados desde un pesquero de altura. Así finalizan precozmente estos viajes juveniles, sin alcanzar siquiera las doradas y prometedoras orillas de Papúa-Nueva Guinea. Los locales alegran sus días con la música de tango y el folklore criollo, con campeonatos de truco, taba (levemente adaptada a la anatomía del lobo marino) y el pato. Las bandas musicales locales, las tanguerías de la zona izquierdosa de la capital, la ópera de los bacanes y el pericón de los barrios conservadores visten musicalmente los fines de semana, en los cuales no falta la pasión deportiva por excelencia: el fútbol. Los partidos son el entretenimiento de los habilidosos atletas y colaboradores varios que desarrollan casi una profesión de fe basada en el deporte. Las contiendas comienzan con un primer tiempo; siguen con el entretiempo, el segundo tiempo y la batahola final, donde decenas de simpatizantes profesionales representan fielmente el papel de agitadores y barrabravas, invadiendo el campo y corriendo con amenazas e insultos a los deportistas. Cada domingo la fiesta se renueva con eterno entusiasmo y se comenta durante toda la semana.

Compitiendo en fervor con el fútbol y la política, la fe religiosa del sanja es digna de encomio y admiración. A pesar de que no existen representantes locales de la Santa Sede, los sanjacinteños se reconocen en su mayoría católicos. Una Biblia recuperada del naufragio original ha servido como instrumento de formación de varias generaciones de religiosos que convocan, cada lunes, a rezar el rosario en forma sincrónica con la emisión del canal satelital católico. Como en cualquier parte del mundo, también aquí la iglesia se renueva y se pone al día con los adelantos científicos y sociales. A la polémica moda del tercermundismo católico, que finalmente llevó a la provincia socialista a permitir la religión, siguió la ola vigente de incluir en la formación del seminario la instrucción sexual y, particularmente, la técnica y estrategia de sodomización de menores. Preguntado un prelado si esto no acarrearía problemas con la justicia y eventualmente no constituía un pecado, el mismo respondió que peor pecado era perder la conexión con nuestras raíces, aludiendo a la Argentina como oriente de toda iniciativa cultural. “San Jacinto mira a la Argentina porque somos argentinos”, dice la frase que corona la Pirámide de Mayo local y que parece sintetizar por sí misma el pensar de este pueblo ignoto de los mares del sur.

Recientemente, San Jacinto ha experimentado un acontecimiento que ha puesto en vilo a sus pobladores y casi precipita a la pequeña nación a la catástrofe. En las vísperas de la Navidad del año dos mil ocho, arribó al puerto de La Perla del Pacífico una nave de vela, tripulada por cuatro jóvenes marineros, quienes, desconociendo las características del puerto, chocaron contra una roca, abriendo un rumbo en el casco. Sin embargo, pudieron alcanzar el muelle. Hubo una confusión inicial pues ellos creían haber llegado a Guadalcanal y por lo tanto intentaban hablar inglés con los trabajadores del puerto. Finalmente, al ver las balandras de pesca cercanas, las cuales portaban nombres tan encantadores como "Golondrina del Este", "Caña Hueca" o "Gracias a mis Viejos", los muchachos se identificaron como ciudadanos argentinos. Pronto la noticia corrió por toda la ciudad. ¡Visitantes de la madre patria! Pablo, Juan, Jorge y Ricardo, o "los argentinos", pasaron a protagonizar la vida pública de la capital en apenas unas horas. El señor Uribelarrea, director del magnífico hotel y restaurante internacional "Varela Varelita", los nombró invitados de honor, negándose bajo amenaza de suicido a cobrar un solo peso por la estadía a los ilustres visitantes; pero el buen hombre recuperó con creces los gastos pues, al día siguiente, todo el hotel se ocupó con periodistas, políticos y gente diversa que quería conversar o simplemente tomarse una foto con los cuatro jóvenes rubios, bronceados y atléticos, que no cesaban de dar entrevistas, contar cosas de la Argentina e incluso referir los chistes de moda en Buenos Aires. Así, los san jacinteños se pusieron al día con la actualidad que no era tratada por los programas satelitales habituales: La azarosa vida de Mariana de Melo, una luchadora social devenida en actriz de televisión, o la epopeya de "Bailando por un Sueño", una obra de caridad conducida por un estudioso y carismático especialista en deportes que ayudaba anímicamente a toda la Argentina desde su programa televisivo dedicado a resaltar los valores de la auto-superación y la solidaridad. Cuando el encantador Juan fue visto saliendo del excéntrico bar "La Unión Soviética", en la Zona Comunista, abrazado a la cantante local Guillermina Pérez, la prensa local estalló en impresiones de último momento de los pasquines mimeográficos: el romance de una nativa con un argentino era un hecho. En menos de una semana, sendas mujeres locales, de excelentes familias de la zona neoliberal, conquistaron el corazón de los tres argentinos aún libres. De pronto, el pueblo sanja se encontró viviendo al latido eufórico de los acontecimiento sentimentales de la cuatro parejas. No faltó, por supuesto, el nubarrón que oscureciera el cielo de felicidad que se tejía para los tórtolos. Acusaciones de infidelidad, el asedio constante de las doncellas que no se resignaban a ver cómo otras se quedaban con el preciado botín y

el evidente rechazo de Jorge, Ricardo y Pablo a la excéntrica novia comunista de Juan, hicieron peligrar la armonía del grupo. Pronto quedó en claro que lo único que deseaban las damas era irse con sus novios a vivir a la Argentina. Todo entusiasmo llega al clímax para luego decaer. Así, con el pasar de los meses, la sociedad sanja se fue acomodando nuevamente al trámite bucólico y apaciguado de la vida insular, volviendo de a poco a sus ocupaciones habituales; porque lo de los argentinos sería muy entretenido, pero no daba de comer. Otras noticias esperaban por su lugar en la discusión cotidiana de la isla: El plan quinquenal, los aberrantes hechos de corrupción que salpicaban al gobernador de la Provincia Desarrollista, quien, utilizando fondos públicos, se había construido una casa en la playa para, según él, vigilar el posible desembarco de submarinos rusos, la salud del astro del deporte local, el boleador Elías Jaramillo, o la inminente aparición de la tercera novela de la saga “Aventuras del gauchito Crespín: la furia del tifón”, de la escritora María de los Dolores Gutiérrez. Pasó una semana sin noticias de los argentinos. El hotel Varela Varelita fue vaciándose de curiosos para empezar a funcionar de manera habitual, como hospedaje para algún que otro viajante de comercio australiano. Simultáneamente, el servicio dedicado a los visitantes ilustres fue volviéndose más austero, pero sin mermar en calidad. No faltó el prefecto de puerto quien les insinuó a los huéspedes de honor de la Nación que resultaría conveniente hacer algo con el descuidado velero de bandera argentina, el Gokú, que ya por entonces era francamente más naufragio que embarcación.

Fue por esos días que Pablo y Juan, quienes habían desarrollado una amistad con el presidente del Consejo de Diputados sanjeño, enseñándole a jugar tenis, le confesaron al primer magistrado que ellos habían llegado a la isla con una misión secreta y que ahora, luego de la atenta evaluación que habían hecho del país y su gente, estaban en condiciones de confiarle los detalles del encargo que traían: La presidenta de los argentinos saldría de gira en el próximo mes por Australia, Malasia y otras naciones amigas. Si eventualmente fuera invitada a visitar San Jacinto, ella estaría dispuesta a hacer una escala para conocer el país y saludar a sus líderes. Los cuatro argentinos, más que nada Juan y Pablo, estaban a cargo de los primeros contactos. “¡Pero, amigos, cómo no me avisaron antes!” exclamó sorprendido el señor Moisés Peres, cuyo árbol genealógico siempre fue un enigma para la sociedad local. La respuesta de los muchachos fue la cuestión delicada de la seguridad. El mundo fuera de la isla se había vuelto un territorio inseguro y no era el deseo de la presidenta exponer innecesariamente a un país amigo al riesgo de integrarse al desgraciado

club de las capitales del mundo que sufren endémicamente el azote del terrorismo internacional. Por eso, ellos tenían como mandato directo de la presidenta la tarea de verificar las condiciones de seguridad imperantes en la isla, en caso de que la visita se concretara. Nuevamente, la noticia tardó menos de un día en llegar desde La Perla hasta los más extremos parajes de la isla. La prensa se abalanzó nuevamente sobre los jóvenes argentinos. También hicieron lo propio las mujeres, los empresarios gastronómicos, los exportadores, los futuros importadores de artículos argentinos, deportistas, artistas, bailadores de tango y todo aquel que aspirase a pasar un minuto, tan solo, en compañía de la mandataria argentina. Los pobres chicos tuvieron que contratar, ad honorem, a un manager local que les organizara la agenda. A la mañana entrevistaban a personalidades oficiales para coordinar el protocolo, tarea que en seguida delegaron en su amigo el señor Peres para poder descansar al menos hasta el mediodía. Luego del tardío desayuno, los argentinos dedicaban su tiempo a visitar bodegas, bares, casinos y toda aquella atracción turística candidata a ser incluida en la agenda de la visita presidencial. Esta tarea se demoró mucho pues el grupo no se decidía ante la abundancia de opciones de calidad. Otro gran problema fue la súper-oferta de obsequios para la presidenta argentina. Lamentablemente, los chicos no pudieron expedirse sobre cuál de todas las artesanías isleñas debía aceptar como regalo la presidenta, pero finalmente accedieron a llevarse un ejemplar de cada una de las piezas en oro y turquesas para que las evaluara un experto en diplomacia de obsequios que conocían en Sydney. Un viajante australiano accedió a llevar el paquete a la isla continente a cambio de que los muchachos le cuidaran una plata que le andaba abultando innecesariamente el bolsillo. La noche no dejaba mucho descanso para el cuarteto sudamericano: cada vez debían comer en un restaurante distinto, probando las exquisiteces locales, aún a riesgo de perder la línea. Cualquiera podría suponer que aquí finalizaba la febril jornada de los diplomáticos argentinos, pero no era así. Eran tantas las muchachas que se ofrecían voluntarias para asistir a la presidenta en su futura estadía que los argentinos debían entrevistar personalmente a las chicas, a veces varias a la vez, en el hotel donde apenas lograban descansar.

El cuerpo diplomático organizó entonces un almuerzo de trabajo en el comedor del hotel Varela Varelita, al cual asistieron Pablo y Juan, los diputados provinciales y otros visitantes menos ilustres, entre los que se contaban los hermanos Piercing y Mesi Wu , dos marinos malayos que solían proveer de repuestos eléctricos a la empresa de energía local. Fue en el momento de servirse el gazpacho cuando el señor Rocamora,

diputado por el sector Socialista Maoísta, planteó la conveniencia de una conversación telefónica previa entre el presidente de San Jacinto y la señora presidenta de la República Argentina, como para que ambos mandatarios se conocieran, al menos por la voz, y de paso la presidenta recibiera personalmente la invitación a visitar la isla.

—Sí, estaría bueno —dijo Pablo—, lástima que no haya aquí teléfonos celulares satelitales. Por supuesto que nosotros traíamos un par de equipos, pero se nos arruinaron en el viaje. No creo que podamos concretar esa conversación tan conveniente.

Los comensales aprobaron rápidamente la merecida puesta en su lugar que le impartió el joven diplomático argentino al eterno moscardón de la provincia pro-China. Sin embargo, uno de los hermanos Wu se levantó de su asiento, inclinó su cuerpo como quien pide la palabra, y dijo amablemente, en ese cocoliche tan cantarín con el cual los chinos pronuncian el español con matices mandarines: —¡Nosotrostenemos un Nokia satelital! ¡Sería un gran honor para los hermanos Wu poder prestárselos!

Un repentino ataque de tos se apoderó de Juan, alarmando a los contertulios y a sus servidores. Cuando pasó el tumulto, el señor Piercing Wu extrajo de su bolsillo un aparato notable, una maravilla de la tecnología asiática, que permitía hablar con cualquier teléfono del mundo, incluso desde la isla de Smara, virgen aún de antenas celulares. La concurrencia retuvo el aliento: ese teléfono tenía el poder de traer a San Jacinto nada menos que la voz de la máxima autoridad de la madre patria. Pablo tomó el teléfono con mano temblorosa.

—¡Adelante, llame! —pidió un diputado, con la mirada fascinada por el milagro inminente. Pablo dudó, paseando la mirada nerviosa entre la concurrencia.

—Tal vez no recuerde el número —sugirió alguien en voz baja.

—¡Sí, hombre! ¿Cómo no lo va a recordar? Es su jefa inmediata. ¡Deben hablar todos los días! —contestó una diputada, indignada por la falta de fe de alguna gente.

En eso, Juan se irguió del asiento y arrancó de la mano de Pablo el teléfono.

—¡No, Pablo! No molestes a la presidenta ahora. ¡En Buenos Aires son las dos de la mañana!

Un suspiro recorrió la mesa. Era cierto. Nadie querría incomodar de esa manera al primer presidente extranjero, y nada menos que argentino, con

quien conversarían los sanjas en toda su historia.

—¡Esta noche! ¡Esta noche entonces! —propuso radiante el señor Rocamora. Todos los demás aplaudieron. Apenas una par de horas después de retirarse el primer diputado, toda la capital comentaba el inminente suceso. Al caer el sol, el país entero haría silencio con la esperanza de oír aunque sea un eco lejano de la histórica conversación.

El ajetreo posterior es difícil de reconstruir. Se sabe que durante la tarde, Jorge y Ricardo se entrevistaron con los hermanos Wu para alquilarles otro teléfono satelital, para tener como respaldo por si el primero fallaba; tal era el celo que ponían los argentinos en su misión. La recepción de la señal satelital en los teléfonos se probó durante toda la tarde, con el asesoramiento de los hermanos Wu y los técnicos locales. Incluso se hizo una llamada a Malasia, a la casa paterna de los Wu, para verificar el correcto funcionamiento del sistema. Como si esto fuera poco, a pedido de Juan, se hizo una llamada desde el primer teléfono al segundo, con lo cual se despejaron todas las dudas: el sistema funcionaba perfectamente. Todo estaba listo para las diez de la noche, la hora elegida para la llamada que comenzaría una nueva era. Preventivamente, el manager de los jóvenes argentinos suspendió todos los deberes de la tarde, procurando de esta manera no forzar el estado de salud de los ilustres visitantes y mantenerlos en forma para la noche. La tarde transcurrió en calma, incluso los chicos tomaron una siesta. La cena, habitualmente servida a las 20:30, se re-programó para después del llamado, aunque al día siguiente hubiera que madrugar. El recinto designado se acondicionó rápidamente para albergar a las casi trescientas personas que presenciarían el acto. Para el público se pusieron sillas, sillones de mimbre, un banco de palmera, y hasta se entraron al salón, con gran esfuerzo, las sillas de hierro del jardín. Sin medir esfuerzos, se trajo de la peluquería vecina al hotel una silla giratoria para el señor Peres. Un diván de cuerina, donado por el estudio psicoanalítico y quiromántico de María de la Rueda e hija, fue la comodidad elegida para el argentino que hiciera el contacto inicial. Cerca de las 21 se prendió el turbo ventilador de pie para ir refrigerando el lugar y a las 21:30 se dejó ingresar a la gente que ordenadamente formaba fila desde temprano. La grata sorpresa era que se había removido parte de la exposición de plástica de la artista local Susana Pereyra, especialista en pintura nocturna sobre terciopelo negro, dejando lugar entre sus cautivantes cuadros para un retrato al óleo de la presidenta argentina, pintado por el hijo del barman del hotel a partir de sus recuerdos de las apariciones de la bella mujer en los noticieros de Canal 7. La figura femenina, con la mirada seria pero dulce a la vez, solemne pero atractiva,

parecía escrutar la zona de la sala donde se haría la comunicación. Para las 22:15 todo el público presente se había saludado, intercambiado opiniones y puesto al día con las últimas noticias del circuito extra-oficial. A las 22:30 aún no habían aparecido los jóvenes argentinos que harían el prodigio. Cuando el murmullo creció para transformarse en una franca gritería, la voz del señor Rocamora pidió silencio con la fuerza de toda su investidura. Ya estaba el magistrado dispuesto a amonestar a la dignísima concurrencia por su falta de ubicación y recato cuando una exclamación recorrió la sala.

Llegaban por fin los chicos. Pablo, Ricardo y Jorge recorrieron el pasillo dejado en el medio de la sala hasta llegar junto al cuadro de la presidenta. Estaban vestidos para la ocasión por la sastrería de Vieytes, cuyo dueño les había suplicado que portaran esos magníficos fracs, piqués marfil y moños blancos. La peluquería Remedios de los Arces era la responsable de las luminosas cabelleras rubias que en ese ámbito destacaban como soles indómitos de juventud. Tres dioses, tres hijos de la madre patria, tres embajadores…. —¡Unmomento! ¿Por qué solo tres? ¿Qué pasa con el cuarto? —preguntó Rocamora, a la sazón convertido en promotor del evento. El señor presidente Peres, que cerraba la comitiva, se aproximó a la primera hilera de butacas y asientos varios y golpeó las palmas reclamando silencio.

—Lamentablemente, Juan no nos podrá acompañar porque se siente mal de la digestión —dijo el primer mandatario, mirando severamente al señor Uribelarrea, director del hotel.

—Esperemos que pronto mejore. El señor ministro de Salud Pública ya le aplicó las primeras cataplasmas, de manera que habremos de dejar paso a la sabia labor del tiempo que lo curará sin que quepa duda, que grave no es la cosa. —El presidente levantó la mirada y aflojó el gesto adusto para dar paso a una sonrisa. —Pero ahora, conciudadanos y visitantes de nuestros países amigos, estimados representantes de la prensa extranjera, demos la calurosa bienvenida a estos jóvenes que no cesan de brindar felicidad y buen augurio a nuestra modesta nación —estallaron los aplausos espontáneos de la concurrencia, mientras el señor Uribelarrea se señalaba a sí mismo con cara de mártir, moviendo visiblemente los labios de tal manera que parecía pronunciar “Yo no tuve la culpa” a las pocas personas que le prestaban fugazmente la atención. —Bueno… Bien… Bueno… Les decía… no, señora, hay una lista de oradores… no podemos hablar todos por teléfono con la presidenta. Bueno… —el señor Peres logró que amainara el entusiasmo para seguir diciendo—. Este día histórico será recordado por muchas generaciones. Es la primera vez que

un sanjacinteño hablará por un teléfono satelital, por primera vez con una persona de otro país, por primera vez con una persona de otro continente, y esa persona, además, ¡será la Excelentísima Señora Presidenta de la República Argentina! —los aplausos repentinos rápidamente degeneraron en una gritería infernal. El entusiasmo amenazaba desbordar el salón, donde la temperatura ya era francamente insoportable. Pero la sabiduría de viejo estadista del señor Cúbalo, del frente socialista Carlos Marx, pudo encauzar nuevamente la noche hacia su destino trascendental. En efecto, el líder reformista empezó a entonar las estrofas del himno nacional de San Jacinto, que no es otro que el mismísimo Himno Nacional Argentino. En unos pocos segundos, todos se sumaron a la feliz idea y así el salón empezó a emanar sobre la perfumada bahía nocturna de La Perla del Pacífico la música deliciosa del canto coral patrio. Los marinos a bordo de las barcas, las palangreras que en la playa alistaban el cebo para la pesca del día siguiente, los enamorados furtivos que se escondían en las dunas… todos se sumaron a ese coro que reclamaba lo mejor del pueblo sanja. Adentro del salón, los tres muchachos argentinos cantaban entusiasmados las primeras estrofas, mas luego, al proseguir el himno con el estridente pasaje donde se canta "De los nuevos campeones los rostros Marte mismo parece animar; la grandeza se anida en sus pechos, a su marcha todo hacen temblar", el entusiasmo pareció decrecer en los rostros de los chicos. Seguramente preocupados por el retraso que esto suponía, hay que pensar que aún faltaban diez minutos de canción, lo cierto es que pronto dejaron de cantar y se empezaron a ocupar de los detalles de la comunicación en sí.

Realmente, se los veía nerviosos. No debe haber costumbre o familiaridad alguna que desbaste el desafío de mantener una conversación, aunque no sea la primera, con un jefe de estado.

Por fin terminó el Himno y, tras los aplausos, la gente guardó un emocionado silencio, como el que guarda aquel que de regreso del altar donde se le ha concedido la eucaristía, deja disolver en su boca el dulce sabor de lo sagrado. De pronto, comenzó el verdadero milagro. Pablo empezó a marcar los dígitos del teléfono de la presidenta, un secreto de estado que en esta isla solo él y acaso sus compañeros conocían. Si antes había silencio, en ese momento el tiempo se detuvo. Nadie osaba mover un solo músculo de su cuerpo por el temor de provocar un ruido, una interferencia, una desgracia electromagnética o incluso digestiva que malograra la llamada.

—¡Hola, Señora Presidenta! —exclamó Pablo—. Habla Pablo… ¡ah, sos vos! ¿Qué hacés, atorrante? ¿Todo bien? Yo laburo siempre, no como

vos… ¿Qué hacés con el teléfono de tu madre? ¿No tenés para comprarte uno? Qué vas a ganar trabajando… apostando es la única forma en que ganarás, y encima en contra de tu equipo. ¿Ya saben tus compañeros gallinas que apostás a favor de Boquita? … Sí, justo… Sueñen, hijos nuestros. ¡Eso es lo que son! Bien, sí. Perfecto. Sí, están todos acá conmigo… todo bien… ¿vos? … ah… y sí, mejor… ya se sabía que la cosa no iba… muy pendeja… no te hagás drama… el mundo está lleno de minas… Cuchame, ¿me podés dar con tu vieja? Acá hay gente esperando… Les mando, cuidate… chau. Beso… ¿Qué? ¿Maracas? ¿Nosotros? ¡Mirá quién habla! ¡Maracas ustedes, que no clasificaron! Chau, chau… —la gente cruzaba miradas entre divertidas y aterradas.

—¡Hola, señora Presidenta! Pablo habla… Sí, lo que pasa es que tuvimos un problema con el barco… Sí, sí… al final llegamos. ¡Estamos en San Jacinto! No… lo que pasa es que no teníamos teléfonos… sí, ya sé. Bien, todos bien… Sí, pero igual tenemos tiempo… ¿no? —en este punto de la conversación, si antes nadie se movía, ahora nadie respiraba. Todos contuvieron el aliento—. Menos mal, le agradezco. Usted no sabe lo bien que tomó esta gente la noticia de su gira… ¡Noooooo! No, señora. ¡No le dijimos a nadie! Ya sé… sí, la seguridad… es que acá son todos amigos. No sabe cómo la quieren a usted… cien por ciento. Sí, lo recomiendo…. Sí, usted tenía razón, hay que venir. —Algunos tímidos gritos de entusiasmo recorrieron las primeras filas. —Bueno, justamente… yo la molestaba para saber si usted tendría un minuto para hablar con el Señor Presidente de San Jacinto… —el ruido de una persona desplomada, presa del desmayo, fue la única interrupción en ese silencio sepulcral—. Sí, está acá, cerca de mí… Moisés Peres… Peres, con "ese". Acá al lado… bueno, sí, después la vuelvo a llamar. Hasta luego… como usted ordene, señora… ¿Quién me quería consultar algo?… ¿Aníbal?… Bueno, si puede arreglarse hasta que yo llegue… si no que me llame a este celular, que le explico cómo se hace… Gracias, serán dados. —Pablo retiró el teléfono del oído, lo bajó y puso su mano tapando el micrófono. Mirando solemnemente al presidente de San Jacinto, le dijo:

—La Presidenta de la República Argentina pide hablar con Su Excelencia. —Fue la apoteosis. Algunos guardaron silencio, otros murmuraban; algunas señoras, las más jóvenes, daban grititos histéricos. Alguna que tendría el corset muy apretado cayó desmayada haciendo ruido a miriñaque derrumbado. Cuando cesaron los aplausos, el presidente de San Jacinto se atusó el bigote, pasó la palma de su mano izquierda por la cola de su frac impecable y se acercó al teléfono con paso seguro, aunque el temblor de la mano denunciaba su lógico nerviosismo. La sala

prácticamente estalló en una hoguera de luz destellante. Un gesto imperioso del presidente acabó con los flashes y el ruido de las cámaras fotográficas.

—Señora Presidenta, le comunico con su excelencia el señor Presidente de la República de San Jacinto —dijo Pablo, y le entregó el teléfono al señor Peres.

El primer magistrado alargó una mano cuyo pulso logró controlar. Tomó el teléfono y dijo:

—¡Excelentísima Señora Presidenta, es un gran honor para mí saludarla en nombre del pueblo de San Jacinto!

El público enloqueció. El ministro de Comunicaciones en persona conectó el interruptor que permitió, a partir de ese momento, la amplificación del sonido del auricular para que el mismo pudiera ser oído por toda la concurrencia.

—Su Excelencia, el gusto es mío. Lo saludo en nombre del pueblo argentino —dijo la voz del otro lado. El timbre y profundidad, seguramente deformados por el paso a través del espacio sideral en su trayectoria de subida y bajada del satélite, no reflejaban el delicioso matiz femenino que la presidenta utilizaba en sus alocuciones públicas emitidas por Canal 7. Tal vez tampoco contribuía la hora de la mañana, pero lo cierto es que la Presidenta sonaba un tanto machona, aunque encantadora como siempre.

—Señora presidenta, este llamado histórico para nosotros tiene por finalidad contribuir a estrechar los lazos que unen a cada ciudadano de mi patria con su querido país, al cual veneramos como hogar de nuestros ancestros. Pero además quiero expresarle personalmente el beneplácito por su próxima visita. No puedo expresarle con palabras la felicidad infinita que compartimos todos los sanjacinteños por su prometida presencia.

—Señor Peres. Le agradezco tanto la invitación. Yo también tengo unas ganas locas de visitarlos, porque ya me dijeron que ustedes son gente recopada y la verdad que el resto de la gira es medio plomo, así que va a estar rebueno que yo pueda ir por allá.

La familiaridad de la presidenta argentina entusiasmó al público. Una muchacha de la primera fila, haciendo gala de una extensa cultura televisiva, explicó el significado de algunos términos desconocidos, como “recopada” y “medio plomo”. La voz distorsionada de la presidenta siguió diciendo:

—Bueno amigazo, que siga bien y nos vemos pronto. Cualquier detalle lo arregla con mis embajadores. Le mando un beso. ¡Chau, chau!

—Hasta luego, querida señora —saludó, algo confundido, el presidente Peres.

A continuación de los aplausos, abrazos y llantos emocionados, se largó la fiesta.



Ilustración: Valeria Uccelli

Los diarios anunciaron el acontecimiento inminente en ediciones especiales. En menos de un mes, la presidenta argentina arribaría a San Jacinto. El itinerario definitivo ya estaba listo para ensayarse. Una comisión se despachó rápidamente al viejo aeródromo de Kala-Ton, ubicado a unos cuarenta kilómetros de La Perla. El rudimentario aeropuerto había sido construido durante la Segunda Guerra Mundial por los japoneses, pero no llegó a utilizarse nunca. Los nipones estaban ya muy debilitados cuando invadieron San Jacinto y, tras unas dos semanas de heroica resistencia nativa, debieron huir en el barco que los trajo, no sin antes probar el valor de la población civil que los hostigó duramente arrojándoles aceite hirviendo desde las azoteas. Desde los gloriosos días de la Invasión Japonesa y la Reconquista, el aeródromo envejecía pacíficamente sin mayor mantenimiento que la pintura a la cal prodigada anualmente por la Dirección Nacional de Museos. Aún así, se decidió que la pista serviría para recibir el avión presidencial argentino, tal como dieron fe Juan y Jorge, quienes ya eran veteranos de volar varias veces a bordo del famoso Tango 01.

Tras un mes de febriles preparativos, llegó el día más esperado. Durante el día anterior, la sociedad sanja había logrado, en medio de la febril actividad, cumplir con un compromiso de honor: despedir a los cuatro jóvenes que zarparían a la madrugada para investigar la seguridad de otra nación insular cercana, cuyo nombre no se podía revelar dado el secreto presidencial. La gente los colmó de regalos y las novias quedaron en puerto, tristes y ansiosas por el pronto regreso de los maravillosos solteros.

Si bien el arribo de Presidenta estaba previsto para las primeras horas de la tarde, ya desde la madrugada diversos grupos de entusiastas comenzaron a congregarse en las sendas de acceso al aeródromo. Las fuentes consultadas difieren sobre el origen de los desgraciados acontecimientos que ensombrecieron la jornada. Hay quien atribuye la culpa de iniciar la catástrofe a los grupos de izquierda revolucionaria. Otros, en cambio, apuntan la mirada inquisidora a la derecha interesada en acaparar a la presidenta para su propio beneficio. Columnas provenientes de todas las regiones del país pugnaban por ganar la calle y llegar antes que las otras al aeródromo. Vendedores ambulantes intentaban sortear los piquetes agrarios que algunos oportunistas sembraron a lo largo del recorrido de la caravana que llevaría a la querida presidenta al hotel capitalino. Cerca del mediodía comenzaron las agresiones; las canciones ofensivas que las diversas facciones entonaban en contra de las demás fueron subiendo de tono. De pronto, en la zona aledaña al aeródromo reinó el caos. Los militantes se arrojaban todo tipo de proyectiles, como empanadas, mates y termos de agua hirviendo. Las corridas y desmanes dieron lugar a la intervención de los cadetes recién recibidos de la recientemente fundada Escuela de Policía y Seguridad Presidencial de San Jacinto, quienes debieron secuestrar los equipos de sonido, la radio del disk jockey y los sánguches de miga, siguiendo el estricto procedimiento recomendado en estos tumultos. Así siguieron las peleas y saqueos de los kioscos y puestos de vendedores de velas y estampitas. La desgracia hizo su aparición cuando una voz aterrorizada anunció por altoparlante que si los revoltosos no se calmaban, acudirían los seminaristas a imponer la paz por la fuerza. Las madres, desesperadas, abrazaron a sus hijos y formaron un cordón para proteger a los púberes, taponando de esa manera la única vía de escape de la zona militar.

En el impasse producido, las autoridades, preocupadas por el retraso evidente del arribo tan esperado, decidieron enviar un radio al barco de los muchachos, para averiguar qué pasaba. Entre que el mensaje llegó al palacio de comunicaciones, se pasó al radioperador, este se comunicó con

el barco, se recibió la respuesta, que a su vez tuvo que regresar al palco oficial del aeródromo, pasaron unos sesenta minutos angustiantes. Entonces, un locutor anónimo anunció que la presidenta venía en hidroavión y que el mismo había sido desviado a la bahía de La Perla. Por fin, entonces, la gente se dispersó. Siguieron horas de tensa espera.

El avión nunca llegó.

Se dice que la comitiva que acompañaba a la presidenta le pidió que suspendiera la escala en San Jacinto debido a los desmanes producidos. Es muy probable. La noche llegó cuando ya los fuegos se apagaban. Poco a poco cada cual fue regresando a su región o barrio. A la madrugada existían aún algunos grupos rebeldes de vendedores ambulantes alcoholizados que miraban el horizonte, adivinando en cada estrella que se alzaba las luces de navegación de un avión fantasma que nunca terminaba de llegar.

Como saldo de aquel día negro aún quedan heridos rehabilitándose, quienes exhiben, con desgracia o con orgullo, las cicatrices de esa jornada.

Nunca se supo qué fue de aquellos jóvenes que apostaron tan fuerte por una San Jacinto que no estuvo a la altura de su confianza; pero el silencio avergonzado de la gente expresa el inocultable sentimiento de culpa de esta sociedad isleña.

Tras la renuncia del señor Peres, el nuevo presidente de la Junta Colegiada de Gobierno, don Juan de Morelos, expresó así el sentir nacional: “Está visto que aún nos falta mucho por aprender. Quiera Dios, o por la minoría, la Naturaleza, que mi patria algún día sea digna de volver a formar parte de la Argentina que todos queremos”.

Por el bien de esta Patria Grande de la Melanesia, nosotros nos sumamos esperanzados a su deseo. Así sea.

**Esta vez no vamos a agregar demasiado sobre Fabián C. Casas, pues últimamente se ha transformado en un abonado a nuestras páginas. Desde su amada Berazategui, provincia de Buenos Aires, República Argentina, nos regala cada tanto estas historias alocadas y a la vez costumbristas, enormemente marcadas por su impronta. Y, tal vez extrañamente, en estos últimos cuentos no hay ningún jedi.**

**Hemos publicado en Axxón: REFLEJOS, CONTRA EL TAXISTA, EL IDIOMA DE LOS PRÓCERES (que también salió en el *Anuario* de Axxón), EL JEDI SE VA DE COMPRAS, EL EXAMEN MÉDICO, LA VIDA EN LA GALAXIA, UN MISTERIO URBANO EN ROSARIO, ARGENTINA, LA NAVE DE LOS SUEÑOS, LA SEMANA ALEATORIA: CRÓNICA DE UN**

**EXPERIMENTO SOCIAL y MISIÓN ESPACIAL AL ASTEROIDE DEL GENERAL.**

**Este cuento se vincula temáticamente con LA SEMANA ALEATORIA y MISIÓN ESPACIAL AL ASTEROIDE DEL GENERAL, de Fabián C. Casas y LA VACA NO ES UNA VACA, de Javier Goffman.**

Axxón 215 - febrero de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Realismo conjetural : Humor : Sociedad : Argentina : Argentino).

# Centinela II

## Francisco Sánchez Donate

**ESPAÑA**

Verá, buen Pedro… Si hubiese sabido lo que iba a pasar no lo habría hecho, de verdad. Pero es que la otra vez, cuando nos encontramos ese monolito en la Luna, nos acojonamos de verdad. Se decía que era un mensaje de los extraterrestres, hasta dijeron que provenía de ustedes. Yo, que era ateo (aunque fíjese dónde he llegado), pensaba que aquí arriba no tenían una maquinaria tan sofisticada.

Fue genial durante una temporada: Un Monolito en la Luna. ¡Fíjese, un monolito de verdad! Decían que estaba hecho de materiales desconocidos, que en su interior se podía encontrar una impresionante maquinaria que nos haría llegar a las estrellas… El Papa, al que por aquel entonces aún no habían volado por los aires, dijo que era una manifestación divina: “Es un espejo de la corrupción de los hombres”. Y yo pensé “Pues vaya espejo más asqueroso”.

Fíjese: Hasta que llegué aquí no pensaba mucho en la religión, sólo pensaba en mí y en la humanidad. Pero ésta me trataba muy mal, ya lo creo. Inventé un aparato que mataba a dos de cada cinco personas, con eso quería equilibrar un poco la demografía. Me metieron en la cárcel, condenado a cadena perpetua, por probarlo con demasiada ligereza. Fue en la cárcel donde escuché lo del monolito. Me puse muy nervioso, tenía que verlo por mí mismo. Así que decidí enmendarme y me comporté muy bien durante una temporada. Dejé claro a los tribunales de revisión de condena del cese de mi empeño en utilizar la máquina para limpiar la Tierra de tres o cuatro quintas partes de su población; el psicólogo de la prisión me convenció de que no hacía falta, ya se mataban entre sí y sin ayuda de la máquina. Muy listo ese psicólogo.

En todas partes veía fotos del monolito: Alto, rectangular, negro… muy negro. En fin, qué le voy a contar que usted no sepa, dicen que desde aquí se ve todo… Los científicos hicieron cientos de pruebas sobre materiales, resistencia y demás, no sacaron nada en claro, excepto que no era

humano.

Por aquel entonces se decía que había caído otro monolito en la Tierra y un montón de gente apareció vendiendo trozos de monolito. Se forraron los muy hijos de… Yo compré uno. ¡Que desilusión, era carbón!; los estudios llegaron a la conclusión de que el monolito era irrompible; habían intentado practicarle una fisura durante mucho tiempo. Pero la "monolitomanía" había comenzado: hicieron películas sobre el monolito, camisetas con su imagen, llaveros… Hasta los niños jugaron durante una temporada con monolitos en vez de muñecos, aunque daban poco de sí. La gente amontonaba monolitos en sus estanterías, decían que eran igual que los libros pero mucho menos aburridos.

Al final los grandes científicos llegaron a la siguiente conclusión: No tenían ni "puñetera idea" respecto a cuál era la composición de aquello. Como tampoco aparecieron sus dueños (si es que los tenía), poco a poco se fue olvidando el asunto, y en cuanto llegaron las naves para adecentar la Luna y urbanizarla, quitaron el pobre monolito de en medio y lo pusieron en un parque, rodeado de fuentes. Enseguida se llenó de graffitis y de guano de paloma. Pobre.

Pero a mí me seguía obsesionando ese monolito, estaba seguro de que llevaba un secreto, unas claves, en su interior. Compré una casa cerca del parque y todas las tardes daba vueltas y vueltas alrededor del bicho, hasta que me lo aprendí de memoria… conocía todas sus caras; no tenía grietas, pero las hubiese descubierto si las hubiera tenido. Era perfecto y compacto, muy compacto. Me admiraba que tanta sencillez y belleza pudiera caber en tan pocas líneas y en tan sosa simetría.

La gente del barrio me tomó por un loco y comenzaron a mirarme de forma rara: me insultaban, me llamaban deshecho social, paria, degenerado, y otras cosas que me callo.

¿Sabe una cosa? No hago más que mirarle y me digo que es tal como me enseñaron en la catequesis… San Pedro a las puertas del Cielo, con las llaves. Claro que no dijeron nada de que fuese tuerto y que llevase un parche. ¿Nunca ha pensado cuánta verdad se puede decir con una simple tontería? No se preocupe, sé a qué viene lo que he dicho… A mí, en catequesis, me decían tonterías sobre el Cielo y sobre todos los que estaban en él, y, bromas aparte, acertaron casi del todo… Y eso fue lo que pasó cuando el monolito volvió a tener importancia.

Porque apareció un segundo monolito en Venus; cuando llegó la primera nave de exploración casi se dio de bruces con él. Las primeras palabras que dijeron los astronautas nada más bajar de la nave y ver el monolito

fueron: “Me cago en… otro jodido monolito”.

Eso, y que el monolito de mi parque fuera empujado por una ráfaga de viento y cayera encima de una anciana y su nieto, aplastando a los dos, volvió a poner el asunto de moda.

En la ONU se debatió mucho, largo y tendido. Los más pedantes, destacando los franceses, decían que era un regalo del Cosmos, que el Éter llamaba a los seres humanos a unirse a él. Y que debíamos estar preparados para un contacto en tercera, cuarta y X elevado a “N - 1″ fase (siendo N cualquier número comprendido entre uno e infinito).

Habló más tarde el representante sueco, quien debía estar ofendido por algo que había dicho el francés. Chilló que los monolitos no eran regalos ni nada de eso, leche, que no era sino un montón de mierda, y no sólo metafísica, que los extraterrestres nos daban… Lo sacaron de la sala a la fuerza.

Cuando le tocó hablar, el representante alemán estaba borracho pero nadie lo notó; dijo que aquello era un indicador de la evolución cósmica y que nos decía a nosotros, los hombres, que debíamos evolucionar. Propuso el uno de marzo como el Día de la Evolución Mundial. Teníamos veinticuatro horas para evolucionar, y si no lo hacíamos, era nuestro problema.

La cuestión es que lo dijo improvisando, ya que no recordaba dónde había puesto su discurso y habló en plan bromista, pero todo el mundo se lo tomó en serio y dijeron: “Votemos, de acuerdo”… Consenso casi general. “Está bien. Evolucionaremos”.

Curiosamente, aparecieron dos monolitos más, uno en Marte y otro en Júpiter. Parecía como si la carrera espacial terráquea fuese seguida de cerca por aquellos extraños seres, como si con sus monolitos nos estuvieran diciendo: “Adelante, seguid, estamos con vosotros”.

Nadie tenía ni idea de cómo se evolucionaba, los más listos decidieron hacerlo por su cuenta y el resto se apuntó en academias.


Ilustración: Pedro Belushi

El uno de marzo llegó y, de una u otra manera, casi todos evolucionamos. A unos les creció la cabeza y parecían inmensas bombillas, a otros les crecieron las orejas, hubo un tipo al que le crecieron sus atributos sexuales pero se le marginó porque no se consideraba una evolución seria. A mí sólo me crecieron las uñas y el pelo; pero, en fin, que todo el mundo se volvió mucho más listo. Dejamos de pelearnos entre nosotros y con toda esta evolución creamos un mundo perfecto, repoblamos los espacios verdes, comíamos productos naturales y dejábamos el alcohol y el tabaco para los tontos que no habían evolucionado. En fin: ¡Éramos felices y mucho más listos! Estábamos todos muy orgullosos.

Como éramos tan listos, comenzamos a hacer naves espaciales que llegaban cada vez más lejos y hasta hicimos evolucionar planetas y satélites para adecuarlos a nuestras necesidades.

Como siempre me ha gustado el espacio, me presenté voluntario para una de las primeras misiones que llegaría hasta más allá de nuestro Sistema Solar. Descubrimos miles de cosas que podrían llenar cientos de bibliotecas y no hacíamos más que encontrarnos satélites abandonados, que teníamos que destruir, y monolitos; los contabilizamos… Llevábamos más de tres mil antes de salir de la Vía Láctea. Yo me había hecho un gran pensador y no dejaba de filosofar sobre la misión de los monolitos.

Dos teorías eran las que se disputaban mi favor:

a) Los monolitos eran las “Piedras” que indicaban cuál era el camino a seguir para encontrarnos con ellos… Algo así como mojones interestelares, pero no había ninguna indicación, signo semiótico o posibilidad de lenguaje que señalase nada de esto. Esta teoría era la ampliación de la esgrimida por el representante francés en la ONU.

b) Lo afirmado por el representante alemán: que el monolito era una

especie de señal de bienvenida, un "Hola" que pudiéramos decir, a nuestra madurez intelectual, ética, moral y etc.

Pero, según este último concepto, no habíamos alcanzado el suficiente estadio de desarrollo como para que se nos revelaran esos seres superiores que tanto bien nos habían hecho.

La cuestión no eran los monolitos en sí, sino el concepto, la posibilidad, la pura teoría de "Ser-A-Través-De…". ¿No lo entiendes, Pedro? Bien, tampoco es culpa tuya, no estabas allí abajo cuando todos evolucionamos el uno de marzo.

Pero, sin que yo lo supiese, las redes del destino me habían enredado para llegar a saber la finalidad de los monolitos.

Todo ocurrió cuando nos adentramos en un sector desconocido de una galaxia de nombre numérico (y yo era pésimo para los números). Habíamos aterrizado en un planeta sin atmósfera. Era de noche, si es que este término se puede aplicar al espacio, y casi todos dormían. Yo suelo, digo solía, tener insomnio y dedicaba aquellas horas a la contemplación de los espacios, buscando una señal. Y aquella vez la encontré en ese mismo planeta, con la silueta de una nave extraterrestre. ¡Habíamos tomado contacto! No había ninguna seguridad de que fueran "Ellos" pero sí de que eran "Otros". Desperté a la tripulación y visualizamos la nave: redonda, como una esfera, pero con patas en la barriga. Parecía hecha de luz y brillaba como mil soles. Todos estábamos la mar de emocionados.

Me autodesigné el más listo de la nave y me puse un traje espacial para ir al encuentro de aquellos seres.

El corazón me temblaba según daba un nuevo paso. ¿Qué palabras diría cuando les saludase?: "¡Hey, hola!". No, demasiado chulo. "¿Sois los del monolito?". ¿Y si me tomaban por un imbécil? Tal vez un simple: "¿Se os ha perdido un monolito?". No, tampoco. Esperaba no decir ninguna tontería. Me veía a mí mismo como el Neil Armstrong de la Era de Oro de la humanidad.

Entonces, cuando estaba a menos de diez metros, una de las partes de la nave se abrió y algo oscuro salió disparado en mi dirección.

Me hice a un lado (fácil con la escasa gravedad) y vi que era un monolito. ¡Entonces era una tarjeta de bienvenida! La nave seguía quieta… No sé qué me empujó a acercarme al monolito y tocarlo. Y fue cuando descubrí la terrible verdad acerca de él.

De uno de los lados que presioné surgió algo que parecían restos de desechos orgánicos.

Mi mundo se vino abajo.

La teoría del representante sueco había sido la verdadera: Los monolitos eran basura, mierda propiamente dicha. Ni tarjetas de presentación ni nada.

Habíamos evolucionado por culpa de un montón de basura interestelar.

Mi odio contra aquellos seres fue impresionante: había malgastado años de mi vida observando un montón de basura solidificada cuando podría haber perfeccionado mi máquina.

Corrí hacia mi nave. Todos estaban muy emocionados con mi llegada; dejaron de estarlo cuando les conté la verdad, y para demostrar ésta les enseñé lo que había llevado conmigo. Parecía una piel de plátano y una cáscara de huevo, también estaba la etiqueta de algún producto de aquellos seres (para mí que era un champú).

Nos sentimos tan engañados, tan defraudados, que no pensamos en que nosotros también habíamos soltado nuestras basuras al espacio. Aquellos seres eran más higiénicos que nosotros pero no podíamos dejar de estar enfadados con ellos.

Si lo hubiésemos pensado como seres evolucionados de verdad no hubiese habido problema, pero es que no estábamos tan evolucionados como pensábamos.

Despegamos y nos lanzamos en picado contra aquellos tiparracos, fueran como fueran físicamente, que habían ido sembrando de basura monolítica nuestro universo.

Antes de chocar transmitimos la verdad a nuestros superiores, no recibimos contestación: O no nos creyeron o se quedaron mudos de la impresión… La verdad es que no era para menos.

Hubo una gran explosión, una luz muy blanca y luego me encontré aquí.

Y ahora me dice que los extraterrestres están pensando en aniquilar a la raza humana, ya que consideraron como un acto de flagrante violencia mi acto de venganza.

Pero también tiene que comprenderme, tantos años, tanta cochina evolución para nada… ¿No le suena a tomadura de pelo? A mí, sí.

En fin, sólo nos queda ver qué pasa. ¿Tiene alguna silla por ahí? ¿Aquí se come y se cena?

**Francisco Sánchez Donate nació en Madrid en 1969. Estudió**

**Comunicación Audiovisual, y aunque no trabaja en dicho campo, continuó escribiendo cuentos y guiones y hasta se rodaron dos cortos, *Torre* y *El Soñador*, con sus historias. Y así seguirá, nos dice, hasta que se le agote la imaginación.**

**Este es su primer trabajo publicado en Axxón.**

**Este cuento se vincula temáticamente con los cuentos DESDE ESTAS HERMOSAS PLAYAS TE RECORDAMOS CON CARIÑO Y DESEAMOS QUE ESTUVIESES AQUÍ CON NOSOTROS, de Saurio y EL JARDINERO DEL CIELO, de Sergio Mars, y con el ensayo ARTHUR C. CLARKE Y LA ODISEA DEL HOMBRE, de Antonio Mora Vélez.**

Axxón 215 - febrero de 2011

Cuento de autor europeo (Cuento : Fantástico : Ciencia Ficción : Viaje espacial : Contacto con extraterrestres : Humor : España : Español).

# Sentido

## Kalton Bruhl

**HONDURAS**

Comienzas a vislumbrar tu propia muerte, a través de destellos.

Te levantas a la hora habitual, todavía inmerso en la sensación de vacío derivada del sueño.

Cierras los ojos. Tu memoria apenas retiene los residuos de lo que soñaste. Intentas aislar alguna de las imágenes, darle un sentido, convertirla en una señal. Desistes, pensando, que no es más que una pérdida de tiempo. Además, tus sueños siempre han carecido de significado.

Te diriges al baño, te cepillas los dientes, tomas una ducha. Te preparas deprisa. Apenas desayunas y te marchas al trabajo.

Intuyes que olvidas algo, pero sabes que si regresas no podrás recordarlo.

Conduces tu auto en medio de tráfico matutino y escuchas las noticias en la radio: el pronóstico del tiempo, los crímenes sin resolver, las divergencias económicas, los conflictos internacionales.

Haces un repaso mental de tus compromisos laborales y a la vez procuras evitar las calles más congestionadas, sorprendido de lo acostumbrado que estás al caos que impera en el mundo.

Eres el primero en llegar. Esperas unos minutos en actitud retraída y, luego, aparece tu asistente dándote la excusa de siempre: el tráfico, señor. Tú no le reclamas, te limitas a sonreírle condescendiente y le pides unos documentos junto con un café.

Ella sale apresurada de la oficina, regresa, te entrega una carpeta y una taza humeante. Susurra algo a tu oído y después se marcha sin cerrar la puerta.

“Esta noche” repites, al verificar que el informe está incompleto y el café, demasiado amargo.

A la hora del almuerzo vas a tu restaurante favorito. Sirven comida

italiana a un precio razonable y sólo queda a dos cuadras de tu trabajo. Varios de tus colegas asisten al mismo lugar, pero ninguno te acompaña a la mesa. Algunos te saludan con un gesto distraído y otros ignoran tu presencia.

Colocas las puntas de los dedos sobre el menú plastificado. Lo examinas, pero no logras que las letras adquieran algún sentido. No importa, hoy es martes y ordenarás lasaña con ensalada. Hace tiempo que programaste todas tus comidas. Haces a un lado el menú y juntas tus manos sobre el mantel. Parpadeas despacio, al tiempo que te mordisqueas el labio. Es en estos momentos que dudas de tu propia existencia.

Son sólo destellos, imágenes que llegan, se fragmentan y luego desaparecen.

Miras el reloj y luego el plato, que sigue casi lleno. Has perdido el apetito y apenas consigues probar un par de bocados más. Pagas la cuenta y dejas la cantidad acostumbrada de propina. Te diriges a la salida y antes de cruzar la puerta te vuelves y recorres el lugar con la mirada. Intentas retener en tu memoria todos los detalles, aunque al final desistes. De pronto la nostalgia te parece un sentimiento inútil.

De vuelta en la oficina hojeas distraído los informes, que esta vez están completos. Debes finalizar un borrador del balance de la empresa para esta tarde, pero, por alguna razón, te resulta imposible hacer que las cifras cuadren. Levantas los papeles hasta la altura de tu rostro y los dejas caer sobre el escritorio. Sonríes con cansancio, a la vez que cierras los ojos y te frotas el tabique de la nariz.

“Esta noche”, te dices. “Tiene que ser esta noche.”

Suspiras y juntas las hojas desperdigadas. Las golpeas contra la mesa hasta que todos los bordes coinciden y te dispones a terminar tu trabajo. Te parece increíble que, a pesar de todo, no consigas hacer a un lado tu sentido de la responsabilidad.

Tecleas las últimas recomendaciones y luego consultas la hora en la esquina inferior de la pantalla de tu ordenador. Has terminado justo a tiempo. Llevas la cabeza hacia atrás y comienzas a girar el cuello,

intentando desentumecer tus músculos. Regresas al teclado y le transfieres los datos a tu asistente a través de la red local. Ella se encargará de imprimirlos y encuadernarlos.

Estiras los brazos y luego te frotas los muslos con las palmas de las manos antes de levantarte. Otro día más u otro día menos, depende de cómo quieras verlo. Tomas tu saco del perchero y retiras con las uñas un poco de pelusa antes de ponértelo.

Llegas al escritorio de tu asistente. Le preguntas si ha recibido la información.

Ella te responde con una sonrisa y te mira lo suficiente, para que descubras la pregunta que se perfila en sus ojos.

Rozas su mano aparentando descuido.

“Te espero esta noche”, le dices, antes de dar la vuelta.

Conduces despacio. Todo te parece irreal, incluso los insultos que provienen de los otros autos. Los últimos rayos del sol se reflejan sobre el pavimento y de alguna manera se proyectan hasta tu memoria. Se distorsionan, te alertan. Hay algo importante que no debes olvidar.

Es ahora que recuerdas lo que dejaste de hacer por la mañana. Las cuentas de la luz y el agua están por expirar. Pensabas decirle a tu asistente que se encargara de ello. Te preguntas por qué los recuerdos surgen siempre en los momentos más inoportunos.

Te detienes en una tienda de conveniencia. Compras una botella de vino y un par de cenas congeladas.



Ilustración: Laura Paggi

Llegas a tu apartamento y preparas la mesa. Colocas las servilletas y los cubiertos. Te parece que lo único que faltaría es un botón de rosa en el centro. Nunca has sido detallista, pero después de todo, tal vez esta noche ella se merezca un poco más de atención.

Aguardas en un sillón e intentas leer sin éxito una revista financiera. Enciendes el estéreo con el mando a distancia y cambias de emisora hasta que encuentras una canción que te agrada.

Cierras los ojos. Te parece estar hundiéndote en el sillón. Has llegado al punto en que no logras discernir si las imágenes que cruzan tu mente provienen de tus recuerdos o de tus sueños.

Son apenas destellos, fragmentos, como el timbre que alguna vez escuchaste y que ahora te parece tan real.

Despiertas y sacudes la cabeza. Miras tu reloj de pulsera. Te has quedado dormido durante veinte minutos. El timbre continúa sonando, todavía no decides si debes atenderlo.

Abres la puerta y te haces a un lado para que tu asistente pase adelante. La besas en la mejilla. Ella ríe y te besa en los labios. Técnicamente allí no eres su jefe.

No has pensado en las palabras, nunca han sido tu fuerte. Ella mira la mesa y puedes percibir la satisfacción en su rostro. Va hacia ti y te abraza. No sabes si debes corresponderle. Te separas con la excusa de que debes

servir la cena.

Ella se sienta y pone los codos sobre la mesa, descansando la barbilla sobre los dedos entrelazados. La contemplas desde el otro lado del desayunador. Te preguntas si vas a extrañarla. Quizás no lo hagas. Nunca fue más que una aventura.

Hablaste con tu esposa el fin de semana. Quiso saber si estabas dispuesto a intentarlo de nuevo. Los niños preguntan por ti, te había dicho. Tú estuviste a punto de llorar.

Te sientas a la mesa y le sonríes ausente. Le sirves una copa de vino. Ella quiere brindar. “Por nosotros”, dice. Te sientes hipócrita al levantar tu copa.

Comes en silencio. Ella no para de hablar. La tomas de la mano y aprietas demasiado fuerte.

Ella reacciona alarmada y te pregunta qué sucede. Tomas aire y le dices que la relación no puede continuar. Comentas la llamada, le explicas tus responsabilidades, le pides comprensión.

Sientes como el calor va abandonando su mano, hasta que ya no puedes seguir sosteniéndola.

Ella se levanta, respirando con agitación. Sus labios se han convertido en una línea fina.

“No voy a permitirlo”, te dice.

Nunca la habías visto así. Te parece una extraña.

También te levantas. “Ya lo he decidido”, le dices, dándole la espalda.

Ella sigue hablando en voz baja. No logras comprender sus palabras. Te apoyas en el borde del desayunador, con la mirada fija en un punto indeterminado de la cocina.

No escuchas sus pasos, estás pidiéndole que te entienda.

Todo sucede al mismo tiempo, la oscuridad repentina y el sonido de la botella de vino al romperse contra la base de tu cráneo.

Despiertas con un terrible dolor de cabeza. Estás de espaldas sobre el suelo de tu sala. Intentas levantarte, pero descubres que tienes atadas las manos. Pasan unos segundos antes de que logres aclarar tus pensamientos. Dices su nombre y le pides que te desate, que piense mejor las cosas.

Ella no responde. Quieres levantar la cabeza y saber si se ha marchado.

Ella sigue allí, su voz se hace más audible a medida que se acerca. Los reclamos se entrecortan a causa de los sollozos. Deseas hablar, pero apenas abres la boca, sin dejar escapar un sonido.

Sigues, casi hipnotizado, el movimiento de su mano. La luz de las lámparas se refleja en la hoja de metal del cuchillo y comienzas a vislumbrar tu propia muerte, a través de esos destellos.

**Kalton Bruhl es abogado y nació en Tegucigalpa, Honduras, en 1976. Obtuvo el primer lugar en el concurso de cuento auspiciado por el Grupo Ideas de Honduras en 1994. En 1995 obtuvo el tercer lugar en el mismo concurso. Fue finalista del premio Ángel Miguel Pozanco, España, 2004; finalista en el primer concurso de cuentos de la Revista Altura, España, 2005; finalista en el II Premio de relatos Axxón, Argentina, 2009; finalista en el concurso de cuentos de terror, ediciones Fergutson, España, 2009.**

**Hemos publicado sus minificciones EL MURO y FRÁGIL, además del cuento UN HOMBRE AFORTUNADO.**

**Este cuento se vincula temáticamente con ¿CUANDO VOY A MORIR, DOCTOR?, de Carlos Daminsky; AYER VI MI MUERTE, de Daniel Antokoletz Huerta; LA VISITA, de Ricardo Rubio y FAIRLANE, de Sergio Bonomo.**

Axxón 215 - febrero de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Terror : Crimen pasional : Honduras : Hondureño).

# Las alegres comadres de Huixnsor

## Gonzalo Martré

**MÉXICO**

Al echar una ojeada a la mujer que se hallaba ante él, el señor licenciado agente del ministerio público en Huixquilucan, Méx., adoptó el tonito desdeñoso que solía utilizar ante la gente humilde del pueblo:

—¿Qué quieres?

—Levantar un acta, licenciado.

De un secuestro maldecido

por parte de un desgraciado

por más señas, desconocido.

El MP la miró dos veces. El aspecto de esa mujer no concordaba con el tono de su voz ni con su léxico. No era india pata rajada, aunque lo parecía por su piel morena y sus rasgos físicos de etnia tepuja. De todos modos, no varió el tonillo despectivo:

—¿Entonces, en contra de…?

—Contra quien resulte responsable.

La respuesta ratificó su segunda apreciación. No era patarrajada, por lo tanto, algún billete extra podría sacarle:

—¿Cómo se llama, usted?

—Lucero Balcázar.

—¿Dónde vive?

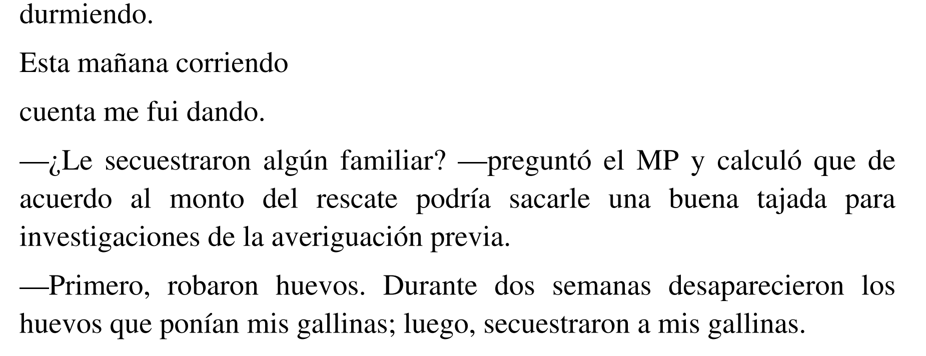
—En el barrio de Huinxsor, de este pueblo, licenciado.

—¿Cómo fue?

—No sé decirle como fue, pero también hubo secuestro.

—¿Con violencia?

—No, licenciado. El secuestro fue a la chita callando. Cuando estaba



durmiendo.

Esta mañana corriendo

cuenta me fui dando.

—¿Le secuestraron algún familiar? —preguntó el MP y calculó que de acuerdo al monto del rescate podría sacarle una buena tajada para investigaciones de la averiguación previa.

—Primero, robaron huevos. Durante dos semanas desaparecieron los huevos que ponían mis gallinas; luego, secuestraron a mis gallinas.

—¿Cuántas?

—Cuatro.

—¿Sólo esas? —exclamó, estupefacto, el MP. La probable tajada que ya alegraba su bolsillo se desmoronó y contempló con disgusto a la morena, quien prosiguió declarando:

—Las únicas que tengo, licenciado. Me dejaron a medio comer. Para más señas son: la abada, la blanca, la negra y la colorada; estoy esperando que pidan el rescate, estoy angustiada.

Sí, la abada, la negra, la blanca y la colorada hacía dos semanas fueron a beber después de comer su maicito. Las cuatro alegres comadres coincidieron en el bebedero. Sus cabezas se tocaban y, en un momento dado en que las cuatro cabezas gallináceas hicieron contacto, sucedió un hecho por demás notable: hubo comunicación inteligente entre ellas. La abada dijo en español con marcado dejo gallináceo:

—Estoy ya cansada de que huevo que pongo, huevo que me quita Lucero y se lo lleva. No puedo tener mis pollitos.

Las otras tres comadres se hallaban exactamente en el mismo deplorable caso. La blanca agregó:

—Debemos poner fin a esta ignominiosa situación.

—Pero, ¿cómo? —inquirió la colorada.

—Haciendo huelga —declaró la abada.

—Mira, comadre abada, que no se nos había ocurrido —dijo la negra cuyo color coincidía con un tono cubiche en su voz copiado de Lucero, quien se pirraba por lo cubano, especialmente lo tripié cubano.

—No vamos a poner más huevos —concluyó la abada.

Terminaron de beber y se retiraron a un rincón del patio, donde volvieron a juntar sus cabezas para redondear la conjura.

—Entonces ya quedamos —ordenó la lideresa—. ¡Ni un huevo más!

Pasaron quince días. Lucero no era propiamente dicho una granjera, sino poeta, narradora y pintora que gustaba de vivir en ese pueblo y en ese barrio trepado en la ladera del monte. Tenía esas gallinas pero no enjauladas, sino libres vagando por el patio. Cuando notó la falta sistemática de los huevos supuso que le eran robados por alguien: un cacomixtle de dos patas. Se propuso descubrirlo, pero por más que espiaba a sus gallinas, no obstante que a veces pasaba la noche en vela acechando, nunca vio entrar al maldito ladrón. No se explicaba cómo hacían para robarle los blanquillos. Pero cuando también desaparecieron sus cuatro gallinas, montó en cólera y fue a denunciar el robo.



Ilustración: Laura Paggi

La lideresa llamó a junta, pues acababa de tener una premonición desagradable:

—Miren, comadres, si seguimos así, ¿saben que va a pasarnos?

Ninguna atinó con el futuro incierto.

—Lucero va a pensar que ya no servimos para poner huevos y nos echará al puchero, o hará mole.

—Nooo, pos sí —asintieron las otras tres y se les puso “carne de gallina”.

—Tenemos que pensar una estrategia para evitarlo.

—Nos iremos de aquí —propuso la colorada, y todas estuvieron de acuerdo. La hora de la liberación había llegado.

El señor licenciado agente del MP fue informado por el señor secretario de que tenía esperando a un quejoso víctima de robo de ave de corral.

—Me robaron ocho gallinas, licenciado.

—¿Tiene idea de quién fue?

—Si tuviera idea, licenciado, no estaría aquí, iría por ellas a como diera lugar.

—Señor secretario, levante el acta correspondiente —ordenó con su tonillo más displicente pues el asunto no prometía ganancia extra.

Dos días después, otro quejoso levantó un acta por el robo de dieciséis gallinas. Le habían dejado tan sólo una y ésta, melancólica por su soledad, dejó de poner huevos.

Y apenas cinco horas más tarde, otro quejoso levantó acta por el robo de treinta y dos gallinas. Todos los robos habían sido efectuados en aves de corral, no enjauladas.

El agente del MP pensó en una banda secuestradora de gallinas. Si su compadre el Jefe de la Policía Municipal le echaba el guante, quizá el asunto valiera la pena para juntar las actas, seguir pistas y, una vez cogidos con las manos en los huevos, poner precio a la libertad de los facinerosos. Daría la orden.

Las cuatro alegres comadres de Huixnsor fueron al corral próximo y hablaron, sí, hablaron con sus vecinas. No fue difícil convencerlas de que eran víctimas indefensas del robo de sus futuros polluelos y que deberían poner un “hasta aquí” porque esa situación era ya intolerable.

En el tercer corral una conformista se negó a unirse a la protesta aduciendo que:

—Así ha sido siempre, comadres, desde hace miles de años somos proveedoras del alimento humano a costa de nuestros hijos y luego nos asesinan cuando ya no servimos para nada. Hay que resignarse, así lo

quiere Dios.

—Pues que Dios tan inmoral y estúpido que mata a nuestros hijos y permite que nos asesinen esos maldecidos gallinófagos. Vámonos a la granja grande a hablar con nuestras comadres.

Don Raúl Renán, anciano dueño de una granja con quinientas gallinas y también poeta, se presentó ante el agente del MP a denunciar un robo importante:

—Anoche entraron los bribones

secuestraron mis gallinas.

¡A qué punta de cabrones

todas ellas eran albinas!

El agente del MP comprendió la importancia y la gravedad del latrocinio. Levantó el acta respectiva y comisionó al jefe de la policía delegacional para que investigara el caso. Y hasta entonces dio parte de los secuestros a la policía judicial del Distrito Federal. Pero esta dependencia no hizo mayor caso de la denuncia, porque tenía en sus manos ciento veintiocho actas de otras delegaciones sumando un total de ciento seis mil cuarenta y cuatro aves ponedoras secuestradas limpiamente, sin dejar huella. Vaya: ¡ni una pluma!

Los secuestros de gallinas saltaron a las primeras planas de los periódicos. Fecal preparó una declaración para calmar a los granjeros: “Echaremos mano de todos los recursos para localizar a los secuestradores y liberar a sus víctimas. El glorioso ejército nacional a quien se recuerda por la gesta heroica del 68, se hará cargo de la investigación. ¡No le fallaremos al pueblo!”

Todas las especies animales y vegetales se hallan en evolución. Unas más lentamente que otras, pero ninguna escapa a esa ley universal de la naturaleza. La evolución no es asunto de días, la evolución requiere cientos de miles y hasta cientos de millones de años, pero se realiza para cada especie de organismo vivo en el planeta llamado Tierra, al menos. El

pequeño lapso de la vida humana no le permite al hombre registrar los pasos de la evolución de la especie y, como es vanidoso y desprecia a los demás seres vivos ¡mucho menos nota la evolución de las especies inferiores! Sin embargo, había llegado la hora del salto evolutivo de las gallinas, todo se hallaba preparado en la naturaleza, tan sólo faltaba el factor coyuntural, el cual, no obstante, depender del azar, y tarde o temprano se presentaría. En el momento en que las cabezas de las cuatro alegres comadres de Huixnsor entraron en contacto, se produjo la sinapsis esperada desde la noche de los tiempos. Aquellos minúsculos cerebros se comunicaron entre sí y establecieron desde ese instante y para siempre una entidad pensante que les dio inteligencia, capacidad de razonamiento, capacidad de introspección emocional y mental. En pequeña dosis, que iría en aumento según estas entidades se multiplicasen.

Las alegres comadres de Huixnsor, que se sabían humilladas, esclavizadas y explotadas inmisericordemente por el ser humano, decidieron sacudir esas cadenas oprobiosas y pensaron en sus congéneres. Si lograban comunicar a las vecinas del corral próximo sus reflexiones, quizá lograrían avanzar más en la búsqueda de su libertad. Lo hicieron por instinto, fueron a ese corral donde vagabundeaban libremente unas diez gallinas y lograron establecer dos células más, de cuatro componentes cada una. Así, siguieron incursionando en las noches por otros corrales y de día regresaban al suyo.

La huelga de ponedoras de huevos de aves de corral fue un éxito. Pero miles de millones de congéneres sufrían la explotación más vil, porque se las tenía confinadas en jaulas y su destino era poner huevos sin abandonar su prisión. Decidieron liberar a las gallinas enjauladas, para ello, era menester irse ya de los corrales, dejar de fingir y lanzarse al ataque frontal. Su primer objetivo fue una granja avícola de la vecina población de Río Hondo, que contaba con mil gallinas ponedoras. Por la noche abandonaron sus respectivos corrales y caminando por senderos poco frecuentados y volando trechos cortos llegaron hasta Río Hondo. En el trayecto algunos perros se les echaron encima, pero, en vez de espantarse y huir como tradicionalmente ocurría en el pasado, se les fueron encima masivamente a picotazos, en los ojos. En la primera batalla quedaron cuatro entidades destruidas y tres perros ciegos. Siguieron su camino, sortearon algunas escaramuzas más hasta ponerse a vista de la granja avícola. Era el amanecer, la puerta se hallaba cerrada con candado, pero las ventanas que daban aire al interior de esa horrorosa prisión se hallaban abiertas porque era verano; volaron, comenzaron a abrir las jaulas valiéndose de picos y dedos ya que las unidades de jaulas no tenían

candado, tan sólo cerrojos fáciles de descorrer. Las arengaron para que formaran entidades (acto de juntar cuatro cabezas y la entidad se establecía automáticamente por los canales misteriosos de la evolución biológica). Muchas de estas gallinas blancas decidieron sumarse a la huelga, cierto, pero no querían irse de la granja, pues ahí encontraban su alimento muy puntualmente. Las alegres comadres les advirtieron que, de quedarse, al transcurrir un mes sin poner huevos serían sacrificadas y remitidas al matadero, para comida de los humanos. Sólo un porcentaje pequeño se quedó, las más, en ordenado batallón, salieron a campo abierto, ensayaron a volar y vieron gozosas que podían hacerlo, no grandes distancias, desde luego, pero lograban volar y algo les decía que con el tiempo serían capaces de cubrir distancias más grandes como los patos. Por lo pronto, ganaron para los montes, que por ahí abundaban, a esperar la noche para seguir liberando a sus congéneres.

La Asociación de Granjas Avícolas del Edomex llamó a sus doscientos agremiados a junta urgente. Don Francisco Estrada, presidente vitalicio de la AGA, declaró que la industria avícola se hallaba al borde de la quiebra porque una extraña enfermedad impedía que las gallinas pusieran huevos.

—Hemos logrado atrapar a algunas gallinas enfermas y nuestros mejores veterinarios no dan con el bacilo, bacteria o virus que las incapacita.

—¿Y ya las llevaste a la SAG, Paco? Ahí tienen laboratorios de investigación bien dotados —dijo el granjero Roberto Reyes, venerable anciano que en su larga vida de ochenta años jamás había visto epidemia de tal naturaleza.

—Llevé a doce. Los mejores veterinarios de la SAG no encontraron el mal —declaró el presidente vitalicio.

—Vamos a quebrar. Ni siquiera podemos vender los animales, porque se escapan por la noche —dijo Sergio García Díaz, apodado el Checo—. Llevemos algunas a la Universidad de Chapingo para que les hagan un estudio minucioso. Ahí tienen al doctor don Rolando Rosas quien de enfermedades de animales se las sabe todas.

—Además de que nadie las compraría, porque ya corrió la voz de la epidemia. La SAG va a declarar cuarentena —dijo Lupus, pintor de gallináceos torvos.

—Y no es cierto que escapen nada más por la noche —opuso, enfático, el señor Eduardo Villegas, dueño de tres mil gallinas en Metepec—. Ante

mis meros ojos a pleno día, vi como las cabronas se fueron volando pal monte. No me quedan ni cien.

En la SAG había dos subsecretarios: el de Agricultura y el de Ganadería. El señor secretario, un licenciado que jamás había visto una gallina viva, siempre cocinada, llamó a Hugo Moreno, su subsecretario de Ganadería y le exigió en término perentorio un informe técnico. Cuarenta y ocho horas después conferenciaba con el licenciado Eduardo Cerecedo, licenciado en Relaciones Internacionales, que de gallinas sabía más o menos lo mismo que su jefe.

—¿Cómo está el panorama nacional gallináceo, mi querido Lalo?

—Del cocol, Hugo. En veintitrés estados de la República las gallinas no ponen. En el resto comienza a cundir la epidemia.

—¿Ya se sabe la causa?

—La ignoramos por completo.

—¿Y si decretamos el rifle sanitario? El señor presidente quiere acción. Los guachos ya tienen el dedo en el gatillo.

—De nada serviría. Y no podemos hacer eso porque las gallinas están completamente sanas. Hemos mandado gallinas a los hospitales oficiales y las han servido en caldo, en mole, en enchiladas, a la veracruzana, a la yucateca, en fin, los enfermos han comido gallina hasta hartarse. Ningún enfermo ha empeorado o contraído otra enfermedad además de la que tenía. Muchos de ellos, gracias a la sobrealimentación de caldo y carne de gallina, se han aliviado y han sido dados de alta. ¿Sabes? Me da la impresión de que estos cabrones animales se han puesto de acuerdo para no poner.

—¡No mames, Lalo!

—No tengo otra explicación. Pero ya le echamos la culpa a la Monsanto y a su maíz transgénico. Nuestros granjeros van a levantarle una demanda nacional a la Monsanto. Creo que por ahí va la explicación del mal. Aunque no sea cierto, le damos tiempo a nuestros veterinarios para investigar más a fondo.

—Tus veterinarios son unos ineptos.

—Entonces también los veterinarios gringos, porque la huelga de ponedoras ya comenzó en los estados limítrofes con México. Han venido

los mejores veterinarios gringos. Vino uno de Filadelfia que se llama Filadelfo y se la peló. Tampoco dan con el mal.

—¿Tienes idea de lo que va a pasar, Lalo?

—Más o menos. Lo que dicen los periódicos. Sin el huevo, que es un alimento barato, la dieta de los niños mexicanos se empobrecerá más. Las grandes fábricas de alimento avícola quebrarán. Por ejemplo, la Purina Ralston ya anunció el cierre de su planta de Querétaro y en vías la de Sonora. Habrá sobreproducción de maíz, sorgo y milo de uso animal.

—¿Qué? ¿Las gallinas van a dejar de comer? ¡No mames, Lalo!

—Las gallinas no van a dejar de comer. Las gallinas ya están buscando su comida. Ya no les gusta el alimento artificial. Buscan alimento natural. Y ya están poniendo, pero no en forma masiva. Ponen para la conservación de la especie. Si hasta parece que piensan, las muy cabronas.

Cuando se formó el primer núcleo ciudadano de cuatro mil gallinas, su poder de raciocinio se elevó al cubo. Cuando el núcleo fue de cuatrocientas mil gallinas, reunidas en los llanos del Valle de Toluca, su capacidad pensante se elevó a la cuarta. El señor gobernador don Piña Neto mandó a todos los policías disponibles para deshacer el congreso a riflazos y macanazos. Treinta y cinco mil diablos azules salieron desde Toluca y los municipios conurbanos. La gallina, ese ser dócil y nutritivo, pasó de gran aliado a gran enemigo de la humanidad.

En el magno congreso gallináceo se tomaron decisiones muy importantes:

1º Jamás volverían a ser enjauladas para poner como locas.

2º Sólo pondrían huevos en la época de celo y para tener pollitos. No más de diez cada vez, o sea, cada seis meses.

3º Ni sus huevos ni sus pollitos serían ya mercancía para vender.

4º Se darían su propio gobierno colectivo y establecerían relaciones sociales y comerciales con los humanos, de igual a igual.

5º Fundarían la Primera Universidad Autónoma Gallinácea con la mira de preparar científicos que protegieran a la población, pues era obvio que los humanos no les darían ya medicinas.

En todo el mundo la docena de huevos aumentó de precio al mismo ritmo que el petróleo.

Discutido el caso en la plenaria de las Naciones Unidas, se optó por

mandar un embajador plenipotenciario a negociar con la República Gallinácea el intercambio comercial de alimento balanceado por huevos. Se mandó al más experimentado diplomático, un cubano de nombre Rafael Carralero, quien tras de quince días de conversaciones en la cumbre, logró que se firmara el siguiente tratado:

1. Que habría un intercambio de huevos por alimento balanceado a condición de que éste no fuese elaborado con semillas transgénicas, ya que a las gallinas les daba dolor de cabeza y cáncer de ovarios.

2. Que el huevo adquiriera categoría de moneda internacional equiparable al euro pues el dólar iba en picada.

3. Que las gallinas establecerían sus ciudades y pueblos en lugares idóneos, pero que los materiales de construcción también serían canjeados por huevos.

4. Por lo tanto, los ingenieros y contratistas encargados de levantar las ciudades gallináceas serían pagados con huevos… a huevo.

5. Cualquier violación a cualquiera de los cuatro puntos antes enunciados traería como inevitable consecuencia una huelga general de ponedoras, las cuales no pondrían… ni a huevo.

6. Que a Lucero Balcázar se le erigiera un gran monumento en forma de gallina en su natal Huixquilucan.

El Tratado de Libre Comercio entre los humanos y las gallinas fue firmado: por las Naciones Unidas: Rafael Carralero. Por la República Gallinácea: el Consejo General Huevón (CGH).

**Gonzalo Martré nació en Metztitlán, Hidalgo, en 1928. Realizó estudios de ingeniería química en la UNAM y fue profesor y director de la preparatoria Uno. Militó en los partidos Comunista Mexicano (PCM) y Socialista Unificado de México (PSUM). Ha escrito una obra extensa y variada que abarca novela, cuento, relato, ensayo, crónica y reportaje. Entre sus libros se destacan *Los endemoniados*, *Safari en la Zona Rosa*, *La noche de la séptima llama*, *El Chanfalla*, *Dime con quién andas y te diré quién herpes*, *¿Tormenta Roja sobre México?*, *Apenas seda azul*, *Los símbolos transparentes* y *La emoción que paraliza el corazón*. Con semejante obra a nuestro alcance no duden los lectores que Gonzalo será visitante asiduo de Axxón en los próximos meses.**

**Ya hemos publicado sus cuentos CUANDO LA BASURA NOS TAPE y LOS ANTIGUOS MEXICANOS A TRAVES DE SUS RUINAS Y SUS VESTIGIOS.**

**Este cuento se vincula temáticamente con HIELO, de Juan Pablo**

**Noroña; CONÓCETE A TI MISMO, de Luis Mazzarello; EL ESTIGMA DE SUZDAL, de Tarik Carson y LA NIÑA DE SHAMBALA, de Marcos Padrón Cottet.**

Axxón 215 - febrero de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Fantasía : Evolución : Animales inteligentes : México : Mexicano).

# Robo hormiga

## Hernán Domínguez Nimo

**ARGENTINA**

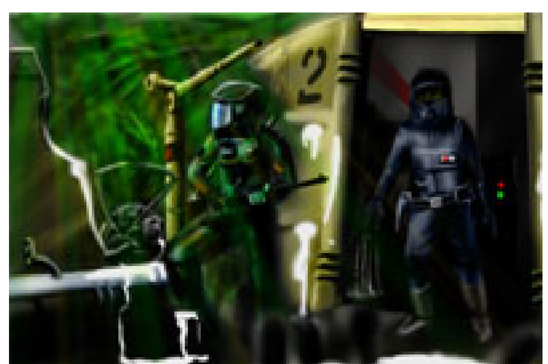



Ilustración: Tut

El último ataque de las hormigas había sido devastador. De las dos invasoras, una había logrado escapar, cojeando en tres patas. El cuerpo de la otra aún estaba allí, la cabeza seccionada, un par de metros separada del resto. Y como siempre, a él le tocaba limpiar los destrozos.

Un vigilante, encaramado en el boquete que las atacantes habían abierto en un costado, giró con el arma lista cuando lo escuchó venir. Enseguida se relajó.

—Vázquez.

Vázquez saludó con la cabeza (tenía ambas manos ocupadas) y apoyó el compresor y las herramientas en el piso.

—Lindo desparramo hicieron los bichos.

—Ni hablar —el vigilante se agachó para que su voz no se perdiera en el exterior.

El tipo masticaba con la boca abierta y el olor a coca llegaba hasta Vázquez, mezclado con el tufo caliente y húmedo de la selva. Algunas

hojas pugnaban por entrar, por conquistar ese último espacio virgen de vegetación. Costaba creer que esos árboles no existían antes de su llegada.

—Este planeta no nos quiere —dijo el vigilante, y escupió por el boquete —. Más que hormigas bien comidas, estos bichos parecen salidos de una película de extraterrestres. Si no hubiéramos logrado repelerlos, la sección completa se habría perdido.

Que la batalla había sido violenta, no había dudas. Y eso significaba más trabajo para él, como siempre. La hemolinfa blancuzca salpicaba todo el lugar, mezclada aquí y allá con sangre humana. Pedazos de quitina, dura como el metal (más dura, bastaba con ver las paredes), regados por todos lados. Y si alguien le hubiera preguntado, Vázquez habría dicho que los vigilantes habían logrado detenerlas *luego* de perder esa sección completa de la base. Más de la mitad de la pared y el techo metálicos había desaparecido, cortada y arrancada de cuajo. No había forma de reparar eso.

Por suerte, el depósito de la sección estaba vacío. Algo raro al mismo tiempo, porque el espacio ocioso no abundaba allí en Base Ararat.

—Yo jugaría plata a que van a aislar las dos secciones contiguas y a sacrificar la del medio —con la mirada buscó un enchufe para el compresor. Al parecer había desaparecido con la pared. Y de todas maneras la energía debía estar desconectada por seguridad. Sacó el cable y caminó hasta la sección contigua para enchufarlo. El dolor de muela, que no lo había dejado dormir bien, tampoco contribuía a su buen humor. Volvió refunfuñando—: La verdad, no entiendo por qué me hacen perder el tiempo limpiando…

—¡Bueno, che! —lo amonestó el vigilante—. Menos lloriqueo y más trabajo. Que cada uno tiene su tarea y a mí nadie me ve quejándome por ahí.

Vázquez murmuró su respuesta para que el otro no pudiera escucharlo:

—Como si apretar el botón de un rifle pudiera llamarse trabajo…

Antes de limpiar el “jugo de bicho”, Vázquez juntó los pedazos de quitina. Cuando intentó levantar la cabeza de la hormiga, fue imposible. La quijada seguía sujeta al metal. De la caja de herramientas sacó la amoladora y seccionó el pedazo de pared. Siempre era mucho más rápido que intentarlo con la quitina. Además, no quería dañarla. Terminó y la puso con el resto en la bolsa de flexikevlar.

Cuando todo estuvo despejado, nada suelto que pudiera volar y rebotar por ahí, apuntó la boca del compresor hacia la hemolinfa, en dirección al

boquete de la pared. Sin previo aviso encendió el compresor y el chorro de aire lanzó parte del jugo blancuzco hacia la espalda del vigilante. Inmediatamente Vázquez apagó el compresor y se deshizo en disculpas:

—Mil perdones… Lo que pasa es que estaba tan concentrado en mi laburo que me olvidé de vos, haciendo el tuyo…

El vigilante lo miró un momento, decidiendo si las disculpas eran sinceras o simple burla. Escupió la hoja de coca en el piso, dio media vuelta y salió por el boquete, encaramándose al techo de la sección. Vázquez retomó su labor, silbando, mientras el jugo de bicho era despedido hacia el boquete.

Lo que no entendía, nadie en la base parecía saberlo, era por qué las hormigas los atacaban. El planeta era casi tan grande como había sido la Tierra originaria. Es decir: había lugar de sobra para que hicieran sus hormigueros y sus cosas sin tener que toparse con ellos o su base. Y sin embargo ahí estaban, una y otra vez, chocando contra el perímetro exterior, destruyendo el metal, dejando sus patas, la vida a veces. Los humanos y los bichos parecían dos hermanos que no podían vivir sin buscarse para pelear entre ellos. ¿Y todo para qué? ¿Qué buscaban? Era algo que intrigaba a Vázquez.

A pesar de las apariencias, le llevó menos de diez minutos limpiar toda la sección. Y cuando terminó estaba de buen humor. Desconectó el compresor, guardó las herramientas y se cargó al hombro la bolsa con los restos de bicho. Normalmente hubiera tirado lo que no le servía por el boquete, para evitar cargarlos hasta la sección principal. Pero la prohibición de arrojar basura "para no dañar el ecosistema autóctono" seguía vigente, como si los científicos no hubieran hecho ya bastante soltando baobabs y hormigas mastodonte y todo lo demás, y no quería arriesgarse a una lección de moralidad de ese vigilante mojigato.

Así que saludó en voz alta (sin respuesta, claro) y se alejó por la sección norte, silbando otra vez.

La compactadora estaba cinco secciones después de la principal, una antes de los dormitorios masculinos. Al pasar por el SUM, Vázquez reprimió las ganas de sentarse en la barra del bar a tomar un mojito rápido. Era temprano, así que no había mucha gente, pero si alguien lo veía con la bolsa llena de pedazos de bicho no tendría manera de disimular que estaba haraganeando. Así que siguió atravesando compuertas entre secciones, agachando la cabeza en señal de saludo mudo cada vez que se cruzaba con algún oficial e ignorando a los que no lo eran. Nadie hablaba mucho con un ordenanza, a menos que necesitara algo. Y Vázquez había aprendido a no hablar ni saludar de más, porque los demás interpretaban

sus palabras como ruegos. El silencio era la manera de defender su lugar y su orgullo en esa base perdida en el culo de la galaxia.

En la sección compactadora, un vigilante revisó los restos que Vázquez desparramó sobre una chata.

—Los restos del último ataque, ¿no?

—No, a estos bichos los estaba criando en mi terrario y se portaron mal anoche —contestó Vázquez, que no quería iniciar una charla.

El vigilante chasqueó la lengua con fastidio y apretó el botón. La chata se elevó en un chirrido y dejó caer el contenido en la boca de la compactadora hidráulica. Cuando estuviera llena con la basura del día sería el momento de masticarla.

Vázquez retrocedió, la bolsa hecha un ovillo en una mano, las herramientas y el compresor en la otra. Siguió su camino repiqueteando los pies por las rejas de metal de las secciones. Atravesó el murmullo del dormitorio masculino evitando cruzar miradas con nadie y dos secciones después estuvo en su guarida, la sección del ordenanza de la base. El *hacetuti*. El único laburador de todo el puto planeta.

Sin perder tiempo, dejó el compresor pero se llevó las herramientas y la bolsa. Una punzada en la muela le recordó que en algún momento tendría que ir al dentista. Escupió en un costado, como si así pudiera librarse del dolor, y siguió caminando. Dos secciones más allá, un vigilante lo detuvo en la entrada del pasillo que llevaba a los laboratorios.

—Soy Vázquez. Voy a arreglar un desperfecto en el biolaboratorio. Pregúntele al doc.

El vigilante miraba su credencial azul mientras preguntaba por el intercomunicador. Se pudo escuchar como del otro lado confirmaban su historia. El hombre le dio paso y Vázquez avanzó por el pasillo.

El diseño de la base giraba sobre sí mismo, como una serpiente que mordía su cola, para proteger las secciones de laboratorio y agricultura que estaban en el centro. Vázquez le decía a los científicos (cada vez que se pasaba de la raya con los mojitos) que eran como las diligencias del oeste yanqui, cuidando a las mujeres de los indios. Claro que los pieles rojas de aquí tenían la piel mucho pero mucho más dura.

Un segundo vigilante lo sometió al mismo interrogatorio al final del pasillo.

—¿Y cuánto le va a llevar arreglar ese desperfecto?

—No más de una hora…

El vigilante deslizó un ionizador sobre su credencial, que pasó del azul al rojo.

—Tiene media hora —le dijo y le abrió la puerta.

Vázquez se deslizó mascullando bajito. Las secciones centrales eran mucho más espaciosas, aunque también tenían más subdivisiones, que creaban una especie de laberinto. Él lo conocía de memoria. Él más que nadie. Como a todo el resto de esa puta base.

No obstante, para las cámaras simuló perderse y dar un largo rodeo antes de llegar al biolab. Dando vueltas aparentemente contradictorias y tomando pasillos muertos, su trayecto "casual" lo llevó primero a las secciones de agricultura. Allí se asomó a un par de laboratorios, preguntando casualmente por el biolab. En todos lo echaron gentilmente. En todos vio lo mismo: una preocupante ausencia de plantas. Eran agrolabs y ni una mísera hojita verde crecía en ellos.

Finalmente desembocó en el biolab. Morón estaba trabajando de pie en una computadora, arrastrando cálculos de un extremo de la pantalla al otro con la mano. No se dio vuelta para saludarlo.

—Hola, doc.

—Parece que otra vez te perdiste —dijo Morón—. Me llamaron de siete laboratorios de agricultura diciéndome que vagabas por ahí. —Ahora sí se dio vuelta para mirarlo. Se alzó a la frente los extraños lentes que llevaba, en un gesto insoportable de suficiencia que Vázquez conocía de memoria —. Cualquiera diría que después de tanto ir y venir ya tendrías que conocerte los pasillos de memoria.

—Qué sé yo… —Vázquez hizo un gesto vago mientras apoyaba las herramientas en el piso—. A mí todos me resultan iguales. Lo que me llamó la atención es la falta de verde que vi mientras intentaba encontrar el camino…

—Ah… —Morón sonrió—, así que por eso fue. Querías comprobar el rumor…

—¿Rumor? ¿Qué rumor?

—Vamos, Vázquez… que somos pocos y nos conocemos mucho. —El doc lo medía, como él lo medía al doc; siempre que se encontraban se estudiaban mutuamente, como al inicio de un partido de ajedrez—. En toda la base se habla de lo mismo: que se están cerrando los laboratorios y las granjas hidropónicas. Que los agrocientíficos abandonan todo intento de cultivo para alimento.

—Ah, eso… Sí, claro que lo escuché, doc. En toda la base no se habla de

otra cosa —Vázquez sonrió—. Pero yo creo que hay cosas mucho más preocupantes en este planeta que la falta de lechuga.

—¡Jaja! ¡Sí, falta de lechuga; buena forma de describirlo! —Morón parecía divertido por la ocurrencia—. Y de zanahorias. Y de tomates. Y de soja. Y de papas. Nada crece bien. O mejor dicho, todo crece demasiado. Nada mantiene una estructura molecular que se adecue a nuestro metabolismo. Muchos de estos vegetales se convierten en veneno. Otros, como los radiculares, simplemente brotan o se pudren antes de ser cosechados. Todo el crecimiento está exacerbado. ¿Y sabés por qué es eso, Vázquez?

—¿Demasiado fertilizante en la tierra de este planeta? ¿Algo en el aire o en el agua?

—¿Eso es lo que piensan? ¿Que es culpa del planeta? La ignorancia toma caminos insospechados a veces. Aunque no me extraña. Hacia algo tienen que dirigir su descontento. Pero no. No es algo en el aire o en el agua. No es nada de lo que hay aquí. Fue algo que sucedió en el viaje, algo que afectó los bancos de células madre del arca. Radiación cósmica probablemente. Imposible saberlo. No había nada allí para medirlo. Tampoco sabemos por qué algunos organismos crecen a ritmos diferentes. O por qué algunos parecen afectados y otros no. No sabemos nada. Sólo que nos enfrentamos a una especie de cáncer planetario. Y nos contentamos con tabular sus efectos en cada espécimen que se desarrolla a partir de las células afectadas…

—¿Incluso en nosotros? —interrumpió Vázquez; Morón lo miró sin comprender—. ¿Es verdad que también los bebés crecen mal?

Morón lo miró un momento, como si dudara en hablar.

—La clase se acabó. Nos queda poco tiempo —señaló su pecho—. ¿Por qué viniste, Vázquez? Imagino que me trajiste algo…

Vázquez se miró el pecho. La credencial estaba de color rosa. Aún tenía tiempo pero sabía que Morón no iba a decir nada más, así que rebuscó en la bolsa kevlar hasta sacar la cabeza de hormiga.

—Sí, traje esto —y se la alcanzó a Morón.

La expresión del científico se relajó visiblemente, los ojos le brillaron mientras le daba vueltas al trofeo, observando la mandíbula de frente, golpeando la quitina en diferentes sectores de la cabeza y acercando el oído para escuchar.

Vázquez enrolló la bolsa dentro de la valija de herramientas.

—Yo pensaba que la ontomología estaba lejos de su especialidad, doc.

Morón reprimió una risita.

—Entomología, Vázquez. Entomología —Morón llevó la cabeza de hormiga hasta un costado del laboratorio, donde una pared de cristal traslúcido impedía ver más allá—. Digamos que es una especie de *hobby*, Vázquez. Y sí, se puede decir que está afuera de mi área de investigación permitida. Por eso tengo que recurrir a vos para obtener muestras. Y por eso te llevás una buena tajada, ¿no es así?

—Bendita sea la entomología, sí, señor.

—Claro —el doc apoyó la muestra en una repisa de metal—. Sucede que mi área de investigación… se puede decir que llegó a un punto muerto. Necesito demostrar que puedo trabajar en otra área. Y nosotros los científicos demostramos las cosas con pruebas y hechos. Y éstas son mis pruebas.

Morón tocó la pared y el cristal se volvió transparente. Vázquez dio un salto atrás. Dentro de la pecera, separados entre sí por otras divisiones de cristal, había cuatro insectos monstruosos, a mitad de camino entre hormigas y abejas.

—¿Qué… qué son?

—*Prorhinotermes inopinatus* —dijo Morón, con el tono de orgullo de un padre baboso. Ante la mirada en blanco de Vázquez, aclaró, algo molesto —: Termitas, Vázquez. Son termitas.

—¿Y para qué carajo queremos termitas en Ararat? ¿No nos alcanza con tener hormigas gigantes? ¿Ahora van a soltar termitas gigantes?

El ordenanza las miraba de tan cerca como su asco se lo permitía. Eran de color anaranjado y debían tener casi un metro de largo.

—La razón por la que trajimos termitas en el banco de células del arca es muy simple, Vázquez: queríamos crear un ecosistema cerrado y en equilibrio. Podríamos haber traído nanorobots, pero a la larga los nanos siempre fallan. Y queremos un ecosistema autosuficiente.

—¿Pero qué tienen de bueno las termitas? ¿No se comen toda la madera?

—Exactamente. Mirá, Vázquez —Morón adoptaba su tono de maestro otra vez—, si no hubiera bacterias, nada se degradaría. Los cadáveres quedarían bajo tierra indefinidamente.

—Me encantaría eso…

Morón bufó.

—Si eso sucediera, los recursos se perderían, la energía no se reutilizaría. Ya destruimos un planeta. Necesitábamos empezar con el pie derecho

aquí…

—Y metimos el izquierdo hasta la rodilla…

—…Crearun ecosistema eficiente. Y si íbamos a sembrar los bosques de hierba autóctona con árboles, necesitábamos a las termitas para degradar la madera.

—Pensaba que la creación de nuevos especímenes estaba prohibida…

—No bajo situaciones controladas —lo interrumpió Morón—. No dentro de un laboratorio. Lo que está prohibido es soltar nuevos sujetos…

—Pero ahora que sabemos que crecen demasiado no las vamos a soltar, ¿verdad? ¿Qué pasaría si además de comer madera ahora comen metal? ¿Como el de la base, por ejemplo?

—No, no las vamos a soltar. Vos me preguntaste para qué necesitaba los restos de hormigas, Vázquez. Estas termitas fabrican veneno para defenderse de las hormigas. Y yo estoy intentando extraerlo y sintetizarlo. Eso podría mantener la base a salvo en el futuro. Eso es lo que quiero demostrar. Y esto —palmeó la cabeza de hormiga que aún mordía un pedazo de la base— me va a ayudar.

—Bueno… — Vázquez extendió su credencial, donde el rosa se estaba poniendo violáceo—. Suerte entonces. Tengo que irme.

Morón se acercó, puso su credencial contra la de Vázquez, tecleó algo en el dorso y esperó a que sonara el *pip*. El ordenanza controló el importe que le había trasladado.

—Listo, Vázquez. Ya podés irte. Te recomiendo que no te pierdas, porque te queda poco tiempo, y de mi laboratorio saliste a las… —miró su reloj —… 1200. Ah, y ya que la compactadora te queda de paso, ¿te llevás ese *container* de ahí?

—Sí, claro… —dijo Vázquez, de mal humor. Por momentos, la soberbia de Morón era demasiada hasta para él. Ése hubiera sido el momento de dar media vuelta sin saludar e irse. Pero los créditos que le había dado (y que Vázquez medía mentalmente en mojitos) eran muchos. Así que manoteó el cubo de plástico que le señalaba y lo cargó rumbo a la puerta. A medio camino volvió sobre sus pasos y recogió sus herramientas. Luego se apresuró por los pasillos para llegar al puesto de vigilancia antes de que el violeta fuera azul.

Cuando ya había traspasado ambos puestos, se detuvo para tomar aire y, sin que ninguna cámara pudiera tomarlo (sabía dónde estaba cada una), revisar el *container* que el doc le había dado. Abrió la tapa. Un olor nauseabundo, mezcla de remedios y podredumbre, le perforó la nariz

hasta el cerebro. A pesar de ello, se calzó un guante y metió la mano para sacar lo que flotaba dentro. Lo que sostuvo enfrente de sus ojos, chorreando líquido verdoso, tenía las proporciones erradas en todo: cabeza desmedida y sin ojos, orejas y nariz casi tan grandes como la cabeza, manos gigantes, una pierna de más, torso casi inexistente. La luz tenue del pasillo no ayudaba, pero incluso en esa condición, Vázquez no tenía problemas para reconocer un feto humano cuando lo tenía enfrente. En el *container* contó seis más.

Con créditos frescos encima, el lugar para encontrar a Vázquez era la barra del SUM. En ese momento, alineaba su octavo mojito con la sombra de los siete anteriores. La barra táctil ordenaba las simulaciones de los tragos consumidos en una línea perfecta (y los clasificaba y agrupaba, si Vázquez hubiera tomado otra cosa que mojitos) y él intentaba lo propio con el que tenía en la mano.

Cuando asumió que lo había conseguido, imaginó hasta dónde lograría continuar esa línea de mojitos. En un extremo de la barra descubrió que alguien había quemado la pantalla con un puntero láser. Era un dibujo infantil de la nave que los había llevado hasta Ararat. De la nave partía una flecha que conducía hasta una montaña, sobre la que las líneas simulaban una explosión. No había montañas en el mundo selvático de Ararat, pero la idea quedaba clara.

Habían dejado atrás el sistema solar. Habían viajado eones a través del vacío, durmiendo la criogenia y despertando, turnándose para conducir y mantener la maldita nave. La promesa había sido el paraíso. El primer planeta habitable fuera del espacio conocido. La única condición, al menos la única que había hecho dudar a Vázquez, había sido la esterilización.

"La radiación interestelar puede hacerle cosas raras a los huevos de tus huevos", le había explicado el doc, como si le hablara a un nene, con la jeringa en la mano.

"¿Y cómo vamos a llenar el planeta?", había preguntado él como un mocoso, con sus huevos en la mano.

"Por eso lo llamamos el arca. En ella llevamos células madre de todos los especímenes necesarios para crear un ecosistema estable. Incluso humanos".

El calor volvía a su rostro al recordar el final de la charla, vergüenza en

aquel momento, rabia ahora. Vázquez había frenado la jeringa un instante más, para preguntar si no necesitaban llevar una muestra de su semen, para ayudar a poblar…

“No es necesario”, le había dicho el doc, con esa maldita sonrisa blanca y profesional. “Ya tenemos las muestras más idóneas”.

—”Lasmuestras más idóneas” —repitió dentro del vaso. Por lo menos ahora sabía que ningún hijo suyo estaba yendo a parar al tacho de basura.

Apuró el contenido del vaso y lo apoyó cuidadosamente en la barra. Volvió a mirar el dibujo y algo llamó su atención. Debajo de la nave había cuatro palabras con trazos torcidos de borracho:

—”ElArca del Eón” —leyó en voz alta. Y cuando entendió el acrónimo se rió en voz alta.

La diferencia era que el Arca de Noé había servido para que animales y humanos procrearan y volvieran a poblar la Tierra. Allí, ningún animal (además de las hormigas) poblaría la selva. Y por lo que había visto, nadie en la base tendría descendencia. Ésa era la primera y última generación humana de Ararat.

Supuso que esa idea tenía que haberlo asustado un poco. O entristecido, al menos. Pero nada de eso le sucedió. Tomó otro sorbo, aunque sólo quedaba hielo derretido. Alguien solucionaría el problema cuando llegara el momento. Él sólo tenía que encargarse, día tras día, de su trabajo: sobrevivir.

Goñi se le sentó al lado.

—¡Qué bueno que alguien en este puto lugar esté de buen humor! —Goñi era uno de los dos electronicistas de la base. Marras, que lo acompañaba como una sombra, era el otro. Su saludo fue apenas un gruñido.

—¡Muchachos! —exclamó Vázquez con el vaso en alto, sin recordar que estaba vacío—. ¡Qué alegría verlos!

—¡Qué raro verte por acá! —Goñi miraba la hilera de vasos representados en la barra—. ¿Qué pasó? ¿Vendiste a tu hermana hoy?

—¡Jaja! No sabía que tenías una hermana, Vázquez —dijo Marras, cuyo cerebro rivalizaba con el de una puerta sin cerrojo. Algunos tenían la teoría de que algo había fallado en el criosueño, durante el viaje. La otra teoría era que el padre había sido algún congresista influyente de la Luna y había pagado para mandarlo lejos. Vázquez había apostado unos cuantos créditos por la segunda—. ¡Y menos que fueras capaz de venderla!

—¡Callate, tonto! —Goñi le dio un codazo—. Supongo que nunca nos vas a decir… Pero sí nos vas a invitar una cerveza, ¿no?

—¡Claro que sí! —Vázquez apuró el aire del vaso y le hizo una seña al barman, que estaba atento siguiendo la charla, por si se volvía poco amistosa. Enseguida dejó dos vasos de cerveza y otro mojito, y se llevó el anterior. Otra sombra de mojito apareció en la barra. Después de comprobar que estuviera perfectamente alineado, Vázquez levantó su vaso con aire solemne y los otros dos lo imitaron, chocando en un brindis —: ¡Por los únicos tres boludos que laburan en todo este puto planeta!

Apuraron un trago. A Marras la risa le burbujeó cerveza por la nariz.

—Venimos de acoplar las dos secciones contiguas a la del ataque —dijo Goñi después de su trago.

—¡Lo sabía! —La indignación subió fácil, alivianada por el alcohol—. ¡Sabía que no se podía arreglar, que me hacían perder el tiempo limpiándola!

—No creo que sea porque sí —dijo el electronicista, dando vueltas al vaso de cerveza—. Las secciones dañadas se reciclan, por el metal. No es fácil conseguir metal en este planeta. Y además, a nosotros nos toca desmantelar toda la instalación eléctrica, por el cobre. Doble laburo para nosotros, ¿no, Marras?

—Sí, pero somos dos, así que es la mitad de laburo, ¿no?

—Como sea… —Goñi levantó el vaso, tan largo como su rostro, y se lo pasó por la frente sin inclinarlo ni derramar una gota. Y eso constituía toda una proeza ya que su mandíbula era tan prominente que Vázquez siempre decía que si Goñi salía a la intemperie un día de lluvia, iba a morir ahogado.

Como era de esperar, las hormigas se convirtieron en el tema de conversación:

—Lo que no entiendo es por qué nos atacan —dijo Marras.

—Porque algún cráneo de guardapolvos las dejó sueltas… —dijo Vázquez.

—Sí, claro. Pero, ¿por qué no se van más lejos? —Marras apuró su cerveza hasta el fondo, como si eso fuera a aclararle la mente. Como si algo pudiera.

—Hay algo aquí que las atrae —dijo Goñi—. Algo que los científicos nos esconden.

Vázquez pensó en las termitas. Sabía que las hormigas comían termitas, o

sus huevos. Quizá eso era lo que las atraía. Pero, ¿todo eso era por cuatro termitas? No lo creía posible. Y si era así, era información para comerciar, no para compartir alegremente.

—Los *containers* de la sección que limpié, la que atacaron hoy, estaban vacíos cuando llegué —dijo, para alejar la charla de sus pensamientos.

—Vacíos cuando llegaste —dijo Goñi, con el tono sagaz de cuando se hacía el espía—. Pero quizá no cuando ellas atacaron. Quizá allí había algo que atrae a las hormigas. Algo que los científicos sacaron para guardar en otro lado.

Los tres quedaron un buen rato en silencio, un poco porque pensaban qué habría en los *containers*, otro poco porque tenían las bocas ocupadas en una nueva ronda de tragos.

—¿Y qué se supone que estamos festejando, entonces? —dijo Goñi con su tercer vaso de cerveza en la mano, como si de pronto recordara algo—. ¿Nos vas a decir de dónde sacaste la plata o no?

Vázquez, que observaba la alineación entre los vasos de cerveza y los mojitos, bufó entre dientes sin contestar.

—¿Vendiste a tu hermana o no? —dijo Marras, riéndose de su propio chiste.

—Si tuviera una hermana para vender —dijo Vázquez, y dio otro sorbo al mojito; le dio la impresión de que el barman los estaba haciendo cada vez más aguados—, apuesto lo que quieras a que el precio sería demasiado caro para ustedes.

Goñi se rió exageradamente.

—¡Me dijeron que con las apuestas te va peor que con las mujeres, Vázquez!

—¡Mentira!

—¡Es verdad!

—¡No!

—¡Sí!

—¡Robo hormiga! —exclamó Marras de repente.

Los otros dos lo miraron como a un loco.

—¿No lo ven? ¡Las hormigas! ¡Están haciendo un robo hormiga!

—Un robo hormiga es cuando alguien roba algo de a poco, Marras —explicó Goñi—, durante mucho tiempo. Como si sacaran granos de maíz de un granero. Sacan tan poco en cada viaje, que uno no se da cuenta de

que falta algo hasta que el granero está vacío. Y éste no es el caso: estas hormigas tienen la sutileza de un bulldozer. Además… —Goñi dudó un segundo—… se dice contrabando hormiga, no robo hormiga…

—Pero así y todo, seguimos sin saber qué están robando —dijo Vázquez.

—O queriendo robar —corrigió Goñi.

—Maíz no hay —dijo Marras—. Escuché que se pudre antes de estar maduro…

Goñi sonrió, el rostro iluminado por una idea:

—Vázquez, ¿seguro que te animás a una apuesta? O ya perdiste demasiado…

—¿Otra vez con eso? Ya te dije que…

—Entonces eso es lo que vamos a hacer ahora —dijo Goñi, levantando su vaso para brindar y sellar el pacto.

—¿Qué cosa? —preguntó Vázquez, con miedo de preguntar. Sabía que se estaba metiendo en algo de lo que se iba a arrepentir.

—Vamos a apostar quién averigua primero qué se quieren robar las hormigas.

La muela lo llevó al dentista esa tarde, suspendiendo toda posible tarea de investigación. Lo que dos días atrás había comenzado como un simple malestar, se había transformado en un dolor terrible que no lo había dejado conciliar el sueño durante la siesta, a pesar de la sobrecarga de alcohol. Antes de las cuatro, con algo de resaca pastosa aún a cuestas, Vázquez se puso las botas y salió al pasillo, sabiendo que no aguantaría un minuto más con esa muela dentro de su boca.

Utilizando la excusa de la emergencia y el dolor de muela, intentó pasar por el dormitorio de mujeres. Era verdad que acortaba camino, pero además siempre era posible pescar a alguna que iba de acá para allá ligerita de ropas. La presencia masculina en ese sector estaba restringida y era muy rara.

No lo dejaron pasar, claro. Y entre la discusión con el vigilante que no llegó a nada (aunque amenazó con llegar a las manos y con un vigilante eso nunca era bueno; el aspecto desaliñado de Vázquez no los asustaba como a otros) y tener que desandar el camino, tardó casi media hora en llegar a la sección médica.

Había una guardia para emergencias sobre el círculo exterior, y luego un par de quirófanos, salas de terapia intensiva y cuartos con camas ya adentrándose en el radio interior. Los heridos dentro del círculo de diligencias.

El dentista estaba entretenido con una extracción cuando Vázquez llegó. La asistente le tomó una holografía del lugar de la boca que le dolía y a Vázquez no le gustó la expresión de su cara al revelarla. Luego lo dejó esperando. Cinco interminables minutos de dolor.

Quizá porque era normal la espera allí, habían dejado una ventana al exterior. Como la base había sido diseñada previendo una atmósfera no respirable, y así había sido los primeros ocho meses, una ventana era algo que no abundaba. Vázquez pegó la nariz al cristal blindado e intentó distraerse intentando adivinar qué era cada árbol antes de crecer allí, en Ararat, y convertirse en grotescos dinosaurios verdes.

De niño, Vázquez había vivido en el campo, así que conocía unos cuantos tipos de árboles, pero allí le resultaba imposible distinguirlos. Todo era desmesurado, exagerado. Las hojas de los álamos, suponiendo que fueran álamos, parecían sombrillas que apenas dejaban pasar el sol. Las ramas, de un tamaño más normal, apenas lograban sostenerlas. Las agujas de los pinos y casuarinas parecían espadas de acero. Y supuso que los amasijos de troncos retorcidos y hojas verde oscuro serían unos ficus. Al parecer, para acelerar la terraformación habían plantado árboles de crecimiento rápido. Como si allí fuera necesario.

Los docs pensaban que lo sabían todo pero no sabían nada de nada. Lo que habían hecho allí no era terraformación sino terradeformación. Sonrió, pensando que era un chiste digno de Marras, y la sonrisa se transformó en mueca por el dolor, recordándole dónde estaba y por qué.

Un par de minutos después, la asistente lo hizo pasar.

—No importa si no tiene anestesia, doc. Sáquela de una vez —dijo, apenas se sentó.

—Pues sí —contestó el dentista mientras miraba la holografía—, va a haber que sacarla. Pero aún tenemos anestesia por acá. Así que abra la boca… ahhh.

Vázquez abrió la boca y el tipo le aplicó algo que parecía un sacacorchos sobre la muela dolorida. El aparato pinchó alrededor, y succionó con vacío la muela y el sangrado después. Mientras el dentista suturaba, Vázquez se quedó mirando la muela que había quedado sobre una bandeja metálica. El agujero ocupaba casi toda la superficie de la muela.

—¿Eso era mi muela? ¡Pero yo estuve acá para revisión hace una semana nada más! ¡No pueden no haber visto semejante carie!

—Caries.

—¿Cómo?

—Se dice "caries". Aunque sea una sola. Y sí, puede ser que no la hayan visto. Su progresión de crecimiento en Ararat es del ocho mil por ciento en comparación con las tasas conocidas.

Vázquez se hizo un buche y escupió en el lavatorio circular. Se secó el labio insensible con la toalla descartable y se incorporó.

—Este planeta me gusta cada vez menos. ¿Cuándo se van a dar cuenta de que está haciendo crecer las cosas a propósito, para que se vuelvan en nuestra contra?

—Pero no es el planeta…

—Sí, ya sé, las radiaciones, el viaje…

— Sí. Y no sabemos bien aún por qué, pero parece que incluso bacterias y virus están escapando a nuestro control. Lo que sea que alteró las células durante el viaje del arca, debe haber afectado a algunos de los microorganismos que habitan en nuestro cuerpo…

—Como las caries.

—La caries entre ellos.

—Por eso crece tan rápido —agregó Vázquez, mirando la caverna en su muela.

—Con la ayuda, claro, de una alimentación basada cada vez más en azúcar y seudoglucosa, y menos en verduras o carne.

El doc hablaba mucho, en un extraño desvarío, casi docente. Vázquez tenía la sensación de estar en una clase de botánica. El doc parecía al borde de un ataque de frustración, en ese estado en el que uno confiesa hasta el alma con el mínimo empujón…

Cuando Vázquez vio el capuchón de hashís (sintético, claro) en un costado de los instrumentos, entendió mejor la situación. Y supuso que podría conseguir algo de información útil.

—Y sí, en el comedor ya no sirven muchas verduras que digamos…

—Parecería que se esfuerzan por hacer imposible mi trabajo. No hago más que sacar muelas y dientes… —el tono de rencor había pasado de Vázquez al dentista—. Si por mí fuera, pondría una bomba en las granjas de apicultura…

—¿Apicultura?

—Abejas —el dentista se sacó los guantes y los arrojó al tacho de reciclaje—. De ahí sale la miel que procesan para servir en los comedores.

—¿Quiere decir que toda la comida que sirven está hecha a partir de… —la idea le hizo atragantar la palabra—: miel?

—Azúcar en realidad. Procesan la miel, obtienen azúcar y a partir de allí…

El dentista se calló. Quizá pensaba que había dicho demasiado. Vázquez no podía saber cuánto de aquella información era restringida, el tipo de cosas que sólo se habla en los círculos más altos de la base.

Era el momento ideal para marcharse:

—Bueno doc. No le robo más el tiempo, que bastante trabajo tiene ya.

Le extendió su credencial, el dentista la escaneó en su escritorio y tecleó brevemente. La extracción ya era parte de su historia clínica dental.

Vázquez recuperó su credencial y salió, sonriendo. La tarde había terminado siendo provechosa: el dolor ya no estaba y tenía información que podía servir para ganar la apuesta. Se pasó la lengua por el hueco en la encía. Como siempre, había tenido que dejar algo en parte de pago.

El puré de manzanas bien podía ser de glucosa. El supuesto puré de papas, también. Las croquetas fritas, con ese regusto agridulce eran más que sospechosas. Y el arroz con leche se delataba solo: ni siquiera necesitaba que le pusieran azúcar. Todo lo que había en su bandeja de comida podía estar hecho en base a azúcar o algún derivado, sí señor.

—¿Eso es todo? —preguntó cuando pareció que no le servían más—. Las porciones son cada vez más chicas. Supongo que nos van a dejar repetir, ¿no?

—Es lo que hay —dijo la mujer, si es que a la gorda Ema le quedaba alguna hormona femenina; el bigote delataba el tratamiento glandular que se estaba haciendo—. Y agradecé que todavía hay, que dentro de poco se viene el racionamiento en serio. — Vázquez iba a contestar pero Ema se adelantó—: Y si seguís hablando es porque tanta hambre no tenés, así que podés ceder tu comida a otro…

Si algo sabía Vázquez era cuándo había que cerrar el pico. Le tiró un beso al aire y caminó desde el mostrador del comedor hasta uno de los bancos,

examinando de paso la vitrina de *buffet froid*, donde un par de vigilantes se estaba sirviendo guarniciones. En ninguna de las bandejas había algo que mereciera llamarse carne. Ni verdura.

Apoyó la bandeja, se sentó, y comenzó a investigar la comida, usando el cuchillo como un bisturí forense. Estaba diseccionando una croqueta cuando Goñi y Marras se sentaron a su lado. Cada uno llevaba una bandeja.

—Muchachos.

—Vázquez.

Se quedaron en silencio. Goñi lo miró apenas y luego bajó los ojos a su bandeja. Era evidente que habían averiguado algo, pero estaban esperando a que él hablara primero. Pasada la camaradería de la borrachera, todo había vuelto a la normalidad. La información era dinero y nadie quería soltarla sin ver la mercancía de cambio. Marras, ajeno a todo, se puso a comer el puré de manzana, mezclándolo con el arroz con leche.

Vázquez apartó la vista, el estómago revuelto. Se quedó mirando a Goñi, que fingía estudiar la comida. Quizá, si les daba un dato que pareciera importante…

—Para su información —les dijo—, el 90% de lo que tienen en el plato, de lo que hay en el comedor, está hecho en base a azúcar.

Marras dejó de comer. Goñi miró las tres bandejas y luego a Vázquez.

—¿Es un chiste?

—No. Es información de primera mano.

—¿Y el otro 10%? —preguntó Marras.

Vázquez sonrió:

—*Es*azúcar.

Marras escupió lo que comía. Unos científicos, sentados en la mesa contigua, miraron con gesto de desagrado.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Marras, escandalizado, mientras se limpiaba la lengua con una servilleta de papel. La mitad de la servilleta le quedó pegada en la lengua.

—Después les toca a ustedes, ¿eh?

—Sí, sí —dijo Goñi.

—Bueno —Vázquez hizo una breve pausa dramática—: hace rato que las verduras escasean. Y la carne casi ni apareció en los platos de Ararat. Por una razón muy sencilla: no pueden hacer crecer animales sin perder el

control. Y las plantas se pudren o germinan. Así que tuvieron que buscar sustitutos. Y lo único que encontraron fue la miel.

—¿Miel? —preguntó Goñi, incrédulo. Marras luchaba con los últimos trocitos de servilleta adheridos a su lengua.

—Miel —estaba diciendo más que lo que se había propuesto, pero Vázquez descubrió que disfrutaba eso de ser el informante; las caras de idiota de esos dos no tenían precio—. Y ayer a última hora descubrí dónde están las granjas de apicultura.

—¿Apicultura? —los dos, al unísono.

Dios, cómo gozaba eso…

—Apicultura. Abejas. Granjas de abejas gigantes (no podía ser de otra manera) para extraer la miel de sus colmenas. Y a partir de la miel, hacen todo lo que comemos. Las granjas están en el sector interno de la base, escondidas de miradas indiscretas. Esos silos gigantescos que creíamos repletos de granos no son otra cosa que colmenas repletas de abejas y miel, o azúcar…

—¡Claro! ¡Y por eso es que las hormigas nos atacan! —exclamó Marras, mirando a uno y a otro; ante el reproche, bajó la voz—: Para robarle la miel a las abejas…

—Puede ser… —dijo Goñi.

—Sí —Vázquez no estaba seguro—. ¿Pero por qué iban a atacar el perímetro exterior? Los silos están a cientos de metros de ese lugar.

—Pues nosotros también hicimos los deberes… —Goñi sonrió.

Vázquez lo miró sin entender.

—Fuimos al sector de reciclaje y revisamos la memoria de los mecanismos electrónicos que desmantelamos hoy a la mañana.

—Pensaba que a esta altura del día ya estaría todo procesado…

—No si alguien los separó y los guardó.

La sonrisa de Goñi creció al leer la comprensión en los ojos de Vázquez. Pero a él no le importaba si después pensaban vender los circuitos en el mercado negro. O que no le hubieran dicho que los tenían en el momento de la apuesta. Simplemente estaba empecinado en descubrir qué había sucedido.

—¿Y ya saben lo que había en el *container* en el momento del ataque?

—No —dijo Goñi, sosteniendo la sonrisa a pesar de la desilusión de Vázquez—, pero sabemos quién autorizó el llenado y vaciado de los

*containers*. Imagino que alguno de nosotros podría ir a preguntarle qué había adentro, ¿no te parece?

—¿Y quién fue? ¿Quién se llevó la carga?

—Un tal Rogelio Morón. ¿Te suena?

—No, ni idea.

Goñi no se creyó que él no supiera de quién se trataba: los ordenanzas conocían a todos en la base, aunque no todos los conocieran a ellos. Pero la promesa de averiguarlo juntos al día siguiente lo había calmado. Una promesa rubricada con cerveza, que para ellos era inviolable. Claro que eso no impedía que fuera a visitar al doc esa misma noche. Él solo.

Esperó al cambio de guardia de las doce para hacer el recorrido desde su cubículo. Al llegar frente al vigilante, volvió a anunciarse para el doc. Como el tipo era el mismo de la mañana anterior, ni siquiera se molestó en avisarle.

—¿Todavía está trabajando el doctor? —le preguntó, apenas extrañado.

—No lo creo —le dijo Vázquez—. Pero me pidió que limpie un poco el desorden que dejó hoy. Y sólo confía en mí, ¿qué te parece?

—Sí, claro —se mofó el vigilante, pero ionizó su credencial y se la devolvió, roja—. Media hora.

El ordenanza hizo la venia con los ojos en blanco y pasó, sacudiendo innecesariamente las herramientas para que hicieran un escándalo. El vigilante chistó, molesto. Una vez fuera de su vista, Vázquez caminó sin hacer ruido. Esta vez fue directo hasta el biolab. No tenía mucho sentido vagar por allí, porque todos los labs debían estar cerrados y la única puerta que abriría su tarjeta roja era la del doc. Además, si el vigilante seguía su paso por las cámaras, quería que viera que se estaba portando bien.

Como había supuesto, el doc no estaba. Había bastante desorden en el laboratorio, *aunque nada que justifique llamar al ordenanza*, pensó con sorna. Su mirada sobrevoló apenas el lugar hasta quedar clavada en la pared de vidrio templado. A pesar del efecto traslúcido, las sombras se agitaron del otro lado, como si supieran de su presencia. *Quizá me huelen*, especuló y la sola idea de esos bichos pendientes de él lo sacudió en un escalofrío. Las sombras se removieron aún más.

Caminó hasta la pantalla central, que colgaba del techo. Desde allí el doc debía controlar todo su trabajo y sus bitácoras. Apenas Vázquez se acercó, la pantalla se encendió, solicitando el código de acceso. Y allí se justificaba o se derrumbaba toda su aventura. Porque Vázquez no era un genio de los sistemas ni nada parecido. Pero si el doc, como él suponía, tenía el código memorizado para el acceso *(claro, por qué no habría de hacerlo; quién más intentaría entrar desde allí)*, con sólo aceptarlo tendría acceso a su información. Si no, bueno, todo había sido al divino botón.

La pantalla aceptó el código inmediatamente. Vázquez festejó con un grito silencioso que excitó a las sombras, y comenzó a buscar los últimos movimientos de almacenamiento autorizados por el doc. El tipo tenía su sistema tan desordenado como su laboratorio, y el modo cronológico, por alguna razón no funcionaba. Dos veces Vázquez estuvo a punto de apagar todo para irse. Sólo la idea de que el desorden no era casual lo retenía, rebuscando en diferentes casillas y archivos.

Finalmente lo encontró. Y tuvo que verificar que no se había equivocado.

—Azúcar —dijo en voz alta. Las sombras contestaron en un susurro de patas—. El hijo de puta está llevándose azúcar.

Y era mucha: junto al registro de la mañana anterior, había ocho más, todos de cantidades similares. Morón lo desviaba desde el sector central hasta la periferia, y desde allí lo sacaba de la base. Quizá usaba los vehículos todo terreno; un vigilante bien conectado podía tener uno disponible cuando fuera necesario, y sin que demasiado crédito cambiase de manos; los vigilantes eran corruptos por vocación. Imposible entonces saber hasta dónde lo llevaba luego, pero ya debía tener azúcar como para llenar un par de silos…

Las sombras volvieron a llamar su atención. Se acercó a la pared vidriada y los movimientos recrudecieron. Sin poder controlarse, extendió la palma y el circuito eléctrico trasparentó el cristal. Y dio un salto hacia atrás.

Las termitas parecían estar mirándolo, aunque Vázquez no estaba seguro de dónde estaban los ojos. Las cabezas eran inmensas, desproporcionadas con el resto del cuerpo. Parecían enormes cascos de guerra. Pero lo que él no podía dejar de mirar eran las terribles mandíbulas, más prominentes aún que las cabezas, y de un color oscuro, como de acero quemado al fuego.

—¿Qué carajo estás haciendo acá, Vázquez?

El ordenanza giró de golpe, sobresaltado. Morón estaba en la puerta del laboratorio, vistiendo una bata en lugar de su ropa de trabajo. El vigilante

debía haberlo llamado.

Antes de poder contestar, de inventar una mentira, los ojos de Vázquez fueron involuntariamente hacia la pantalla, donde aún titilaban los registros que había revisado. Cuando se dio cuenta, cuando apartó la mirada delatora, Morón ya estaba viendo lo mismo.

—Ni me contestes… —dijo el doc y se acercó a la pantalla. Tecleó un par de datos y apagó todo. Luego se apartó con un suspiro—: ¿Y ahora qué hacemos, Vázquez?

—¿Por qué, qué pasó? ¿Me perdí de algo? ¿Qué había en esa pantalla? Yo vine a ver los animalitos.

—No te hagas el boludo, Vázquez. Puedo haberme equivocado al dejar mi password en la memoria, pero estoy seguro de que apagué todo al irme. —Rodeó una mesa y metió una mano en el bolsillo de la bata—. Así que ya sabés que tengo mi propia reserva de azúcar…

—Sí, ¿pero para qué —las ganas de saber eran más que su miedo—, para qué robar azúcar si hay azúcar en todos lados? Todo lo que comemos está hecho de azúcar. —Sin saber por qué, la frase le sonó tremendamente infantil en los labios.

—Sí, pero no va a durar demasiado. Incluso las reservas de miel se están agotando. Las abejas tienen un tope de producción que hace rato superamos en nuestro consumo. Y cuando comience a escasear, lo que yo tengo será oro en polvo. Así que decime, Vázquez, ¿cuál es el precio de tu silencio?

—¿Y dónde lo tenés almacenado? ¿A dónde lo llevan los todo terreno?

—Y si te digo dónde están mis silos, ¿lo voy a tener que negociar después? —Morón largó una carcajada y dio un paso más.

Aquello lo dejó helado. ¿Podía ser que el doc tuviera una instalación propia, silos en medio de la selva? ¿Y cómo era que protegía los silos de las hormigas? Si todo el poder de fuego que tenían allí en la base apenas podía contenerlas…

El movimiento en su espalda le recordó las termitas y, como una revelación, lo que Morón le había dicho, lo que investigaba. El veneno para hormigas. Era evidente que ya lo había sintetizado y en lugar de usarlo para la defensa de la base, lo destinaba adonde fuera que sus silos estaban. De pronto se le ocurrió la ridícula idea de que el tipo que tenía delante había superado los límites de la moralidad; ridícula porque nunca había sabido que él mismo los conociera. No era por la especulación del azúcar (había que sacarse el sombrero frente a un plan como ése), sino

porque parecía importarle un carajo lo que pasara con la base. Y mucha gente había muerto por los ataques de las hormigas.

—Vamos, Vázquez, ¿cuál es el precio? —Morón estaba a unos pasos.

Vázquez se dijo que podía negociar, que podía llevarse unos créditos extra, y luego denunciar igual al tipo. Pero por alguna razón, quizá la mano oculta en el bolsillo de la bata, retrocedía sin hablar, sin asentir…

—¡La puta madre, Vázquez, *cuánto*…! —Morón gritó, fastidiado, y sacó la mano del bolsillo.

Vázquez reaccionó instintivamente, empujándolo contra la pared de cristal. La cabeza de Morón golpeó y astilló uno de los módulos; el cristal se derrumbó en miles de fragmentos sobre el científico, junto a la ocupante de la jaula abierta. La termita se sacudió espasmódicamente sobre Morón hasta que su grito de dolor y un manotazo desesperado la ahuyentaron hacia un rincón oscuro.

Vázquez esperó hasta estar seguro de que la termita no volvería, que el cristal de las otras no cedería. Entonces se acercó.

Morón estaba derrumbado en el piso, la cara y las manos salpicadas de cientos de pequeños cortes sangrantes. Se tomaba el costado de la cara. Cuando el ordenanza le apartó la mano, que aún sostenía la credencial roja, observó con pavor dos enormes agujeros violáceos, donde la termita lo había mordido.

—¿Es… es venenoso? ¿Hay algo que pueda hacer?

—No… no es venenoso, pero… —Morón intentó pararse pero las piernas le fallaron. Vázquez observó, extrañado, que a pesar de ser poco profundos, los cortes no dejaban de sangrar. Por el contrario, la cantidad de sangre parecía aumentar.

—Oiga doc… los cortes… se ven feos…

—Sí… mierda… —Morón tosió y escupió sangre; la mordida había atravesado la piel de la mandíbula y era por donde más sangre escapaba —. Es el fluido de la termita… anticoagulante…

—¿Y qué hago? ¡¿Cómo lo paro?!

Vázquez revoleó los ojos por el laboratorio, sin ver, desesperado por encontrar gasas, un botiquín, algo…

—No hay nada… —otra vez esa tos asquerosa, burbujeante—, nada que hacer…

La sangre se derramaba por debajo del científico. Vázquez retrocedió unos pasos, espantado, y lo miró, sin atinar a llamar a nadie. Dos minutos

después Morón tosió por última vez y murió. El charco rojo y espeso abarcaba la mitad del piso del laboratorio.

Recién entonces llamó al vigilante, diciéndole que había ocurrido un accidente, que el doctor Morón estaba grave, que lo había atacado un insecto gigante… Y mientras esperaba a que llegaran, se le ocurrió tomar la credencial del doc y revisar otra vez la pantalla.

Ya se había familiarizado con el desorden de la máquina. Así que no le llevó más de dos minutos encontrar el mapa con la localización de los silos. Los vigilantes llegaron un minuto después.

Lo interrogaron dos, tres veces. Después de acribillar la termita que seguía oculta en el rincón, y la pared con las otras tres, lo dejaron ir.

—¿Para qué mierda tenía estos bichos? —preguntaba uno de los vigilantes mientras Vázquez levantaba sus cosas y caminaba hacia la puerta.

—Y viste… el que juega con fuego… —sentenció otro, como si ese día se hubiera despertado generoso, decidido a compartir su profunda sabiduría con los demás.

Mientras se alejaba por el pasillo hacia el eje perimetral, Vázquez se preguntó qué pasaría con el veneno para hormigas. Era necesario para salvar la base. Supuso que si nadie aparecía para continuar con la investigación del doc, bastaría una llamada anónima para alertar a los cráneos de Ararat.

¿Y qué iba a hacer con los silos? ¿Con el azúcar?

Bueno, tenía toda la noche para consultarlo con la almohada. De lo único que estaba seguro era que si decidía quedárselo, tendría que renunciar a cobrar la apuesta que acababa de ganar.

**Hernán Domínguez Nimo nació en Buenos Aires en 1969. Es redactor publicitario por la simple razón de que donde se siente a gusto es frente a un teclado o un papel. Como nunca consideró lo literario como una profesión (ya conocemos la situación de la Argentina, donde la ciencia ficción tiene miles de seguidores pero la industria editorial no lo aprovecha), es de los que escribe y escribe sin pensar que el objetivo del cuento no sea el hecho mismo de ser escrito. Tiene decenas de cuentos "cajoneados" que nunca se preocupó por publicar. Hace algunos años empezó a enviarlos a concursos de ciencia ficción del exterior. En 2002, *Gérmine* fue finalista en el Terra Ignota de México y posteriormente publicado en la revista 2001, de Espa?a. En 2003, *Moneda común* fue ganador del Concurso Fobos, Chile. Y desde entonces nadie ha podido detenerlo, por fortuna. Pasó por NECRONOMICÓN de Venezuela,**

**PÚLSARES de Chile, ALFA ERIDIANI de Espa?a, etc., etc., etc.. Pueden ver el detalle en la Enciclopedia.**

**Hemos publicado en Axxón: NO, GRACIAS, CAMBIO, HASTA LA SIGUIENTE, VIAJE AL PASADO, EL MORADOR, EL GUASÓN, FINAL INCIERTO, MOTORHOME, MALOS PENSAMIENTOS, EL NÚMERO UNO, CAMINATA LUNAR, LA PRIMERA VEZ, EL DUEÑO DEL BARRIO, CON UN PIE EN LA TRAMPA, MORIR DE TRISTEZA, RAÚL y EL OTRO.**

**Este cuento se vincula temáticamente con EL EFECTO TORTUGA, de Ricardo Giorno; ENTORNOS, de Javier Fernández Bilbao; LA INVASION, de Raquel Froilán García y SIRIO 3, de Chinchiya.**

Axxón 215 - febrero de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Ciencia ficción : Colonización espacial : Biología : Argentina : Argentino).

# Las uvas de Severino Roldán

## Jorgelina Etze

**ARGENTINA**

I

A Roldán le costó reconocer a quien se acercaba hasta su casa. Lo vio aparecer entre la polvareda rojiza que el viento levantaba en el camino: bajo el tórrido sol y luciendo como un espejismo, con el nudo de la corbata flojo, las mangas de su camisa arremangadas y el saco al hombro, el abogado no se parecía en nada a sí mismo.

—¿Cómo le va, Roldán? —dijo al llegar junto a la casa.

—Extrañado de verlo por acá. —Roldán gozaba al verlo así, fatigado. Por eso no lo invitó a pasar a la casa. Ni siquiera le ofreció un vaso de agua.

—Es que si Mahoma no viene a la montaña… —El hombre se secó el sudor de la frente con la manga de su camisa.

—Déjese de estupideces. ¿A qué vino?

—La última vez no quedamos en buenos términos, pero usted sigue siendo mi cliente y…

—Vaya al grano.

—Vine a cuidar sus intereses, y también los míos. Usted es mi mejor cliente, no voy a dejar que cometa semejante error.

—El error fue contratarlo a usted. ¡Sugerirme que le regale mi mercadería a los que me roban!

El letrado miró hacia la plantación y se espantó una mosca que zumbaba frente a su nariz.

—Roldán —continuó—, el rumor de las plantas envenenadas le va a

ocasionar más perjuicios que otra cosa. Algunos de sus clientes podrían asustarse y dejar de comprar. También podrían caer inspecciones y…

—¿Y a usted quién le dijo que sólo es un rumor?

—¡Vamos! Es imposible que usted haya hecho algo así.

—Si yo se lo explico, usted no lo va a entender. —Roldán levantó los hombros, como quitándole importancia al hecho de que entendiera o no —. Este pueblo tiene sus modos, tradiciones que personas como usted no entenderían.

—Explíqueme.

—No. Sólo digamos que las plantas no están envenenadas en el sentido estricto de la palabra. Pero quien las robe sufrirá las consecuencias.

—No lo entiendo —el abogado sacudió la cabeza—. Mejor dicho, entiendo para qué hizo circular el rumor, pero no entiendo lo que me quiere decir.

—No importa —Roldán sonrió intrigante—. Si alguien se atreve a robarme, usted entenderá.

Y alguien se atrevió.

## II


Ilustración: Laura Paggi

Matías Blanco y otros chicos del pueblo susurraban agazapados junto al alambrado.

—Ya les dije que no pasa nada —Matías hablaba con firmeza—. Quiero un racimo de uvas, y me las voy a comer, y si este viejo no me las regala, entonces se las voy a robar como hice siempre.

—¡Pero, nene, están envenenadas!

—¡Qué envenenadas ni qué mierda!

Matías se escurrió entre los alambres y se acercó a una de las vides más cercanas al perímetro.

En la noche clara, el rocío brillaba sobre las uvas y les daba un aspecto vítreo.

Matías se tomó el tiempo necesario eligiendo el mejor racimo, el más suculento y apetitoso.

—¡Envenenadas! —susurró, como restándole importancia al rumor.

Al encontrar el racimo que buscaba, lo cortó de la planta.

Sintió la suavidad de la fruta entre sus dedos y percibió su aroma dulce y sutil: no pudo resistirse a probar. La uva le explotó dentro de la boca, y su delicioso jugo se deslizó por su garganta. No esperó a terminar de saborearla.

Inmediatamente se comió otra.

Pero esta vez no le supo igual. Nunca se enteró a qué le supo: antes de que su mente pudiera reconocer ese extraño sabor, Matías había caído muerto.

## III

La muerte de Matías Blanco dividió al pueblo. Un bando sostenía que el muchacho había muerto envenado, apoyándose en el rumor que había corrido y en el testimonio de los chicos que fueron con él a robar las uvas.

Otros, la minoría, acordaban con el médico: el chico había muerto por una reacción alérgica. “Anafiláctica”, había dicho el doctor:

—Las numerosas picaduras en sus manos no me dejan dudas. Mientras arrancaba las uvas, fue atacado por algún insecto. Y fue esto y no la fruta lo que acabó con la vida de Matías Blanco.

El resultado de la autopsia lo confirmó.

Y así, a pesar de lo que la mayoría creía, se declaró que la muerte del chico no había sido causada por la fruta de Severino Roldán, quien quedó libre de culpa y cargo.

Además, era imposible envenenar la fruta.

—Una vez cosechada, vaya y pase —dijo el juez—. ¿Pero envenenar la planta para que produzca fruta repleta de una ponzoña tan poderosa capaz de matar al instante? No, eso no es posible.

Luego de la muerte de Matías, algo se disparó en la finca.

Al principio fue imperceptible. Sólo Severino con su ojo clínico pudo reconocer los primeros síntomas.

Algunas plantas comenzaron a perder fuerza. Las hojas se pusieron amarillas y se cayeron.

Los insectos, sin prisa pero sin pausa, arremetieron contra los árboles y

arruinaron parte de la cosecha.

Un problema aquí, otro allá: Roldán sabía que las cosas no iban bien.

Después todo empeoró.

## IV

El invierno llegó con abundantes heladas, pero los cítricos crecieron sin sabor. Ese año las naranjas no fueron dulces. Caían de los árboles secas como los pechos de una anciana y agrias como la leche cortada.

Los manzanos se abicharon, los duraznos no nacieron y las frutillas crecieron demasiado ácidas.

Lo peor, las uvas. Aquellas magníficas uvas que habían sido siempre valiosas cápsulas de néctar y ambrosía, se fueron poniendo negras, se arrugaron como pasas y se cargaron de una tinta negra y viscosa, tan nauseabunda como el jugo infecto de una herida purulenta. Los racimos se habían llenado de arañas, y las uvas alojaban sus huevos.

Severino no entendía. ¿Por qué esa tierra generosa que sólo había producido dulces manjares, ahora lo castigaba con esto? Él no había hecho nada malo… ¿O sí? En el fondo de su mezquino corazón, Roldán guardaba esa respuesta pero no se enfrentaría a ella. Además él conocía su tierra mejor que nadie, y podría hacerla producir otra vez.

El clima benévolo, con suficientes lluvias y el sol adecuado, no podía ser el problema.

Severino prestó más atención al riego. Personalmente tocaba la tierra de todas sus plantas para indicarles a sus trabajadores la cantidad justa de agua que cada frutal requería. Recorría los pasillos de la plantación mirando con ojo experto cada planta, buscando señales de enfermedad para actuar a tiempo.

—Falta abono en los manzanos.

—El agua de las peras no es suficiente.

—Protejan las frutillas.

—Fumiguen los cítricos.

Y así seguía todos los días, ordenando a sus trabajadores una lista interminable de tareas y cuidados.

—¡La finca está en terapia intensiva! —gritaba—. Y si se muere, ¡ustedes se quedan sin trabajo!

No podía enfrentarse a la verdad que lo atormentaba: él sabía que todo era su culpa.

Fertilizaron la tierra con productos químicos y orgánicos, con sangre y con sudor, pero no había caso: la tierra se moría.

Los árboles, que hasta entonces habían sido frondosos, se retorcían en ramas resecas. Se retorcían como animales rabiosos, como viejos resentidos. Se retorcían como vampiros a los que sorprendió el sol.

La tierra, que siempre había sido negra y suelta, se convirtió en un manto amarillento y agrietado. Duro como el asfalto y tan estéril como él.

Entonces Severino Roldán supo que le quedaba por hacer sólo una cosa.

## V

Al amanecer, ensilló y, al trote, se alejó de su tierra en dirección al monte.

Sabía que sería como la última vez: el chamán lo esperaría en la espesura.

Avanzó con su caballo por el sendero. El sol ya ardía alto, pero apenas algunos rayos lograban atravesar el techo de árboles.

El bosque acechaba silencioso. No se oían ni las aves ni los insectos. Era como si el mundo contuviera el aliento, aguardando un desenlace profundamente temido. El sonido de los cascos de su caballo contra el suelo aumentaba esa sensación.

Al rato de andar, Roldán percibió el aroma de una fogata.

Sí. Era humo, pero en ese fuego ardía algo más.

—Incienso, mirra, palo santo… —susurró—. Estoy cerca.

Guió a su caballo en la dirección de la que provenía el humo.

En un claro lo divisó. En cuclillas, junto al fuego, lo esperaba el chamán. Con una vara removía las brasas.

—Roldán —saludó de espaldas—. Pensé que vendría antes.

Severino no respondió. Se limitó a acercarse a la fogata y a mirarla fijamente.

—Supongo que viene porque su tierra se muere, ¿no es cierto?

—No sé qué pasa.

El chamán seguía agachado, pero levantó la cabeza para observar a Roldán:

—¿No lo sabe?

—Tiene que ver con lo de antes, ¿no? —Severino mantenía los ojos clavados en las brasas.

—Tiene que ver.

La cautela se elevó entre ellos, paréntesis necesario para que cada uno pensara a solas.

—Cuando vine la otra vez, le pedí que protegiera mi plantación de esos bandidos.

—Lo hice.

—¿Qué fue lo que hizo? ¡Estoy perdiendo mi tierra!

—Lo que me pidió: un conjuro de protección, tal como quedamos. Lo de las arañas fue un buen toque. Así, parece que eso mató al chico.

—¡Pero mi tierra se está muriendo! ¡Tiene que ayudarme!

El chamán se levantó y se acercó más al fuego. De su bolsillo sacó sal gruesa y la arrojó a las llamas. Pequeñas explosiones llenaron el silencio.

—No puedo.

—¡Cómo que no puede!

—Yo hice el conjuro, sólo eso. Pero el castigo que me pidió fue desproporcionado para el crimen. La tierra mató a un joven, y sufre por lo que ha hecho. Se está castigando y, a través de ella, lo está castigando a usted.

—¡Pero eso es injusto! ¿Cómo lo revertimos?

—Con un sacrificio…

Roldán se rió, sobrador.

—¿Qué quiere? ¿Qué mate a un cordero?

—No, eso no sirve. No sé qué tiene que hacer. La tierra se cobrará esa muerte, pero no sé a qué precio.

—Ayúdeme —suplicó Roldán.

—No sé cómo.

## VI

A partir de entonces, todo fue de mal en peor. Lo único que seguía vivo en esa tierra maldita eran las vides. Pero estaban infestadas de arañas que crecían dentro de esas inmundas uvas negras, las mismas que habían acabado con la vida de Matías Blanco.

No había sentido en mantener a los trabajadores: no había tierra que trabajar. Roldán los despidió y, a regañadientes, pagó las indemnizaciones.

Hacía meses que la tierra no producía, pero Severino se había confiado en que la situación se revertiría. Con préstamos bancarios compró provisiones a crédito. Se fue endeudando más y más.

Y así, la gruesa fortuna que había logrado acumular, finalmente desapareció.

Para terminar de cancelar sus deudas no le quedó más alternativa que vender sus vehículos y toda la maquinaria agrícola, y ni aun así fue suficiente.

Lo único que le quedaba era la tierra: una tierra seca que ya no valía nada.

Los pequeños chacareros, que nunca habían logrado despegar del piso aplastados bajo el pie de Roldán, finalmente progresaron y, gracias a ellos, el pueblo no se vio afectado por la pérdida de la finca.

El abogado también lo abandonó. Roldán ya no le podía pagar. Ya no era su mejor cliente.

Junto con su fortuna, Roldán perdió su poder. Y el pueblo, que le había obedecido por miedo, finalmente le dio la espalda.

Y así fue que Severino Roldán se convirtió en un desterrado en su tierra.

Nadie le ofreció ayuda ni se acercó a socorrerlo.

No tenía dinero, así que no podía comprar nada, ni siquiera comida. Como su tierra no servía, sembrar era impensable. Su pozo se había secado, y la alacena hacía mucho tiempo que sólo guardaba telas de araña.

La única alternativa para comer era robar, pero no caería en esa trampa. Le pasaría lo mismo que le había pasado al chico Blanco.

Roldán perdía el juicio, obsesionado con la idea de que en su tierra algo crecería. Su tierra lo iba a perdonar.

Pero los días pasaban, y la tierra seguía muerta.

Lentamente, Roldán se fue consumiendo hasta transformarse en un anciano débil y acabado.

Poco a poco fue perdiendo la noción de lo que era real y de lo que no. Confundía el presente con el pasado y, durante largos períodos de tiempo, se quedaba contemplando la majestuosa finca que ya no crecía allí.

Y así fue que una tarde, perforado de hambre y enloquecido de sed, añorando lo que una vez había sido pero sin una pizca de remordimiento por lo que había hecho, creyó ver una vid. Una maravillosa vid sana y cargada de aquellas magníficas uvas rosadas. Y sin pensarlo ni una vez, tan rápido como pudo, fue junto a aquella planta.

Se le hacía agua la boca de sólo recordar el sabor de la fruta, y se regocijaba pensando en que recuperaría su tierra. Y cuando él fuera poderoso otra vez, todos los que ahora lo habían abandonado lo pagarían.

Y arrancó un racimo. No sintió las picaduras. Tampoco pudo identificar el sabor de aquellas uvas. Antes de que su mente lo reconociera, su cabeza golpeó contra la tierra dura. De su mano sin vida cayó un racimo de uvas negras y, en el mismo instante en que tocaron el suelo, justo antes de que Roldán cerrara los ojos para siempre, vio cómo un brote tierno surgía de la tierra.

**Jorgelina Etze (abogada y asesora en seguros) vive en Burzaco, provincia de Buenos Aires. Desde 2006 asiste al taller "Corte y Corrección", dirigido por Marcelo Di Marco, y en los últimos años ha participado en distintos concursos con bastante éxito: obtuvo el 2º Premio en el Concurso Literario organizado por AAPAS en el año 2009 con el cuento "*El Pago*", fue finalista por el voto del público en el 7º Certamen de Narrativa Breve organizado por Canal Literatura con el cuento "*Mensajes*", también resultó finalista en el Concurso organizado por la Editorial Ruinas Circulares 2009 con su cuento "*Epílogo y prólogo de una noche de insomnio*" y en el organizado por Editorial Nuevo Ser**

**2010 con el cuento “*Epidemia*“. Mientras espera la publicación en papel de varios de sus relatos, parte de su obra puede encontrarse en distintos sitios y blogs.**

**Podemos disfrutar aquí de su primera intervención en Axxón, y estamos seguros de que no será la última.**

**Este cuento se vincula temáticamente con SEMILLAS, de Melanie Taylor Herrera; EL MISTERIO DEL CAMPO DE SOJA, de Alfredo Martin; LOS OJOS GRISES, de José Fernández del Vallado y LA GEMA AMARILLA, de Carl Stanley.**

Axxón 215 - febrero de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Fantasía : Brujería : Maldición : Argentina : Argentina).

# Negocio de réplica

## Mauricio del Castillo

**MÉXICO**

Me hallaba de pie en la sala de espera del espaciopuerto, contemplando las naves ir y venir, con el último holomensaje de mi hermana Gretel cargado en mi memoria. Me agradaba repasar sus holomensajes, aunque en ellos descargara toda su bilis contra mí.



Ilustración: Maléfico

El tablero anunciaba que el *Trovador III* estaba a punto de llegar. En el pasillo, todas las miradas se posaron sobre la última pasajera, como si se

tratara de un desfile de moda. Tenía razones para deslumbrarlos: medía más de dos metros, iba provista de una armadura escarlata que la hacía ver como un cangrejo. Su rostro lucía pálido y sus párpados se sostenían con esfuerzo. El casco le cubría la circunferencia del cráneo como un verdadero traje de skie. Al movimiento de cada una de sus articulaciones, dejaba escapar un elegante sonido hidráulico. Sus miembros artificiales se accionaban automáticamente, controlados por señales mioeléctricas. Una maraña de alvéolos salía por la nuca hasta conectarse en su correosa espalda, haciéndola parecer a Medusa. Daba la impresión de ser tosca y torpe; era como ver a un gorila bailar con el Ballet Bolshoi. Incluso así lucía encantadora.

Había hecho cuatro recambios en los últimos dos años, una cifra que pocos alcanzan a hacer. La vida podía ser estimulante en el satélite, pero tenía un precio difícil de pagar. Aquí, en Tierra, las cosas estaban al alcance de la mano, pero la gente llevaba una existencia magra y aburrida. Gretel buscaba su última oportunidad, así tuviera que picar piedra para conseguirla.

Apenas movió sus delgados labios cuando se dirigió a mí:

—Te reconocí al instante, Han. —Sus característicos ojos color azul se clavaron en los míos.

—¿Gretel?

—Sí, soy yo. Las preguntas para después, ¿quieres?

—Lo que tú digas —dije, sin dejar de contemplarla—. Supongo que no tiene importancia.

—No, no la tiene.

Entramos a una cafetería del espaciopuerto. Ella pidió una horrible mezcla de alcohol con betabel y yo una Coca- Cola.

—¿Dónde vives? —preguntó, alejada de mí como si fuera un leproso.

—En el centro —contesté—. No es el gran lujo pero es espacioso.

—¿No es el gran lujo, dices? —Sus cejas se alzaron con antipatía.

—No te preocupes, está limpio. Ya he invitado a algunas chavalas y no escuché quejas de ellas. Puedes escoger un hotel de cinco estrellas, si quieres.

—Entonces, vete al diablo, oh querido hermanito —mascculló, sin dejar de lanzarme centellas por los ojos.

Intentaba algo que pudiera cambiar la conversación, pero fracasé. Su defensiva surgió con tal espontaneidad que no pude acertar a disimular mi

malestar con evasivas o atenuar la brusquedad en mis gestos.

Nuestro primer encuentro en años resultó ser un fracaso.

Abrí de golpe la puerta de mi apartamento. Gretel tuvo que agacharse para pasar por el marco y casi tropezó con las protuberancias que salían de la alfombra.

—Disculpa por los cables —dije—. Tuve que usar el piso debido a que las paredes no soportaban tanto calor.

Deambuló por toda la sala, con una mirada parca e indiferente, arrojando una mirada a los audiolibros de ciencia y a los aparatos desarmados que proliferaban. Sus pisadas resonaban en la madera como tabiques de alta densidad.

Hice un *clic* con la cabeza y escogí algo de bosanova para ambientar. También preparé algo de comer. Tomé asiento en la mesa y Gretel se conformó con poner una rodilla en el suelo. Nos encontramos sin nada que decir y mantuvimos el silencio por mucho rato.

Gretel hizo una extraña mueca con los dientes. Con su exoesqueleto mecánico lucía como una estatua de Afrodita, justo en medio del Olimpo para ser contemplada por los visitantes. Me sonrió. Por primera vez me había sonreído y no pude disimular la sorpresa.

—Leí tu último holomensaje. ¿Dices que tienes una cita en Silbercom? —preguntó por fin.

—Sí, mañana en la tarde —dije—. Al parecer, se interesó por el folletín que elaboraste. Espero que no me arrepienta de haberte invitado.

—¿Quién trabaja contigo?

—Hasta ahora mi organización cuenta con un solo miembro: yo. Tuve que costear mi invento por mis propios medios. Creo que ha valido la pena.Bien, aquí tienes tu oportunidad, Gretel.

—Es lo que espero: una buena oportunidad.

—Escucha, criatura —dije, con un tono tranquilizador. Conduje su pesada mole a la luz y volví a tomar asiento; ella hizo lo mismo—, quiero hablarte de algo importante. Este invento tiene una aplicación mercantil o de publicidad nunca antes vista. Hace un mes lo descubrí. Aún es muy inestable, pero con un poco más de investigación y los fondos suficientes puedo llegar a dominarlo. La única persona capaz de consentir esto y usarlo en un negocio rentable es Silbercom.

—Y su competencia —añadió ella—. Cuando tienen muchos enemigos, estos tipos están dispuestos a arriesgar más de la cuenta. No suelen medir las consecuencias de sus actos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, intrigado.

—Hoy en día no se buscan herramientas, sino armas —contestó, esta vez con un parpadeo—. Un arma que pretenda dejar fuera a la competencia, y eso me hace pensar que los días de competencia leal y pactos de caballeros se han acabado. Encontrar socios leales es difícil: uno nunca sabe cuándo le enterrarán un puñal en la espalda después de haber firmado las escrituras de la casa. Es una suerte que hayas pensando en mí para inclinar la balanza a nuestro favor. No soy muy ambiciosa, ¿sabes?

—No, no lo sabía —mentí.

Llegó el momento de dormir. Ella sabía que iba a tener una noche difícil: el exoesqueleto puede servir para cualquier cosa, excepto para jugar a las escondidas y echar sueño. Al poco tiempo me pidió que la ayudara a despojarse de él, debido a que la gravedad comenzaba a cobrarle factura. Yo iba depositando cada una de las piezas en un maletón. Debían pasar ocho horas hasta que se enfriaran para usarlas de nuevo.

Cuando quedó completamente libre, me sorprendió aún más su aspecto. Realmente era escuálida, sin embargo, conservaba su buena dotación de carne en los lugares en los que realmente la necesitaba. Su cuello era tan frágil como una rama, su espina dorsal sobresalía en la parte inferior de su espalda y sus ojos se hundían todavía más. Sus pechos no eran más grandes que un piquete de mosco, pero sus pequeñas nalgas hacían dos deliciosos bultos. Debo decir que la miré a conciencia en ese momento, aunque después se me estampó su bella imagen en la mente. Me pidió que la alzara y la llevara a su habitación.

Minutos después, abrí sigilosamente la puerta y la contemplé desde el quicio. Su rostro era idéntico al mío y su lecho se parecía a la ostra de Venus. Rápidamente me despojé de mi ropa y alcé la delgada sábana para acostarme junto a ella. Dormía boca arriba, con su perfil recortado bajo la luz del exterior. Con mi mano derecha casi rodeé su angosta cintura. Arrojé un fleco suyo hacia atrás, rozando intencionadamente su mejilla. Su ombligo me incitaba cada vez más al acto.

Ella abrió los ojos, totalmente paralizada, y me miró de lado.

—¿Acaso quieres partirme en dos, idiota? —preguntó, con un gruñido.

—Yo… no. Por supuesto que no.

—Entonces no me toques.

Me siguió con la mirada hasta asegurarse de que yo había abandonado la habitación.

Nos dirigimos al rascacielos de cien pisos que albergaba Silbercom. Yo parecía un actor novato que recita su diálogo antes del estreno de una obra de teatro; era algo incómodo pero debía hacerle frente a esta presión. Me pregunté si Pierre y Marie Curie habrían tenido el mismo problema.

Llegamos rápidamente al piso 99 en un cilindro de presión y la puerta se deslizó en el acto. Gretel me advirtió:

—El que nos aborden con rapidez no quiere decir que seamos muy importantes. Si por ellos fuera, nos dejarían diez horas esperando. Deben cumplir con exactitud sus compromisos. ¿Entiendes lo que digo?

—Muy claro, hermanita. Como tú digas.

Justo detrás del fino escritorio se encontraba Eddie Silbernagi, director de operaciones de Silbercom. Era un hombre de anchos hombros y aspecto astuto, su barbilla estaba azulada por una magnífica afeitada. Examinaba con expresión interesada un folletín de nuestra empresa ficticia. Alzó la mirada y fue a recibirnos. Su sonrisa era tan engañosa como la de un político.

—Encantada de conocerlo —dijo Gretel.

—Mis colaboradores han quedado impresionados por su giro comercial, dama y caballero —observó Silbernagi, con una mano en su barbilla—. Por lo que me han dicho, sus actividades son realmente novedosas.

—Así es, licenciado Silbernagi —dijo Gretel—. Pero no debe pensar que esto es un simple estudio. Nuestra sociedad ha sido aprobada por los más altos estándares de manejo y calidad.

Silbernagi la miró, enseguida depositó el folleto sobre la mesa. Gretel asintió con interés y eso me impresionó: ni el ejecutivo más grande hubiera tenido ese comportamiento ante un monstruo corporativo como Silbernagi.

—Eso es algo que no deja de intrigarme —dijo éste—. Nosotros somos una compañía que se encuentra en total expansión por todo el Sistema y estamos a punto de abandonar la matriz por cuestiones de lógica. Nos transferiremos ladrillo por ladrillo a Cúpula Tycho. El punto es que ustedes ignoran por completo que la Tierra ha dejado de ser un planeta de negocios.

—Licenciado Silbernagi —dijo Gretel—. No podemos estar más de acuerdo con usted, excepto en una cosa: nosotros no hemos venido a buscar una alianza.

—¿Qué dice? —preguntó Silbernagi. Su tono melodioso había desaparecido.

—Por favor, permanezca tranquilo. No venimos a perjudicarlo. En realidad, no representamos a ninguna clase de sociedad mercantil. Somos unos simples comerciantes. Tenemos algo que tal vez le interese, y hemos decidido que la mejor manera de hacérselo saber es hacernos pasar por una compañía importante.

Silbernagi se mordió los labios al mismo tiempo de que nos examinaba con más suspicacia.

—Permítanme un momento.

Pensé que estaba por oprimir el botón de «MUERTE». La pantalla se encendió. En ella apareció una apetecible trigueña con una sonrisa.

—No me pase recados de ningún tipo —dijo Silbernagi—. De ningún tipo.

—Sí, licenciado —dijo la trigueña.

La pantalla se apagó. Eddie Silbernagi volvió a recuperar la expresión anterior.

—No me malinterpreten, pero ustedes son lo que yo llamo «artesanos». Colocan sus productos a la vista de todos en espera de que alguien los compre en la calle. Pero ¿qué pasaría si no hubiera a quién vender? Recurrirían a la venta ambulante, casa por casa. Ustedes han tocado a la mía de la manera más ocurrente para venderme un producto. Deben ser muy optimistas.

—Muy optimistas, licenciado —aseguró Gretel.

—Bien, veamos de qué se trata.

Mostré el pequeño emisor-receptor de datos que reposaba sobre la palma de mi mano. Era un artilugio burdo y tosco; Silbernagi debió pensar que era una reliquia sin valor.

—Es perfecto —dije, con un tono de orgullo—. Sin conexiones neuronales, sin transmisiones a microondas. No necesito usarlo como injerto, ni siquiera como panel. Puedo pasar desapercibido con él y lo mejor es su interior: nanobots replicantes. ¿Comprende lo que eso significa? Significa que pueden servir como una fábrica para hacer una reproducción masiva.Funcionan a partir de la recolección de materia

inorgánica desechable. Permítame darle detalles. —Me aclaré la voz y lo miré directamente a los ojos—. Diferentes materiales, al ser expuestos a condiciones fuera de su ambiente, liberan cantidades significativas de su propia materia al oxidarse, corroerse o erosionarse, materia que mis nanobots sintetizan en pequeños bloques para reconstruirlos.

Silbernagi aprobó con la cabeza. Continué:

—Estos organismos tienen la función hoy en día de realizar operaciones médicas sin la más mínima intervención del hombre y también pueden ahorrar tiempo en la elaboración de un objeto gracias a sus comandos implementados.

—¿No cree que haya riesgo de toxicidad? Quiero decir, ¿son peligrosos?

—Eso es lo que en cierto sentido estipula el mito de algunos científicos. Nuestros nanobots son capaces de identificar cuándo se llega a cierto nivel tóxico o radioactivo. Interrumpen la secuencia y, después de un breve tiempo, comienzan a recapitular todo el proceso.

—¿Puede hacer una demostración?

Me llevé el dispositivo de almacenamiento a la ranura de mi cabeza y comencé a descargarlo. Sentí el característico dolor de cabeza que me viene cuando hago eso: no siempre toda descarga es gratis. Abrí los ojos y con los dedos en la boca formé una tenaza. Comencé a expulsar la esfera, era tan duro como cagar un ladrillo. Los ojos casi se me salían de las cuencas.

—Aquí… está… —mascullé, con poco aliento.

La tomé con manos temblorosas. No era más grande que una lata de cerveza y su peso era tan ligero como el de una pelota de tenis. Sus bordes metálicos eran tan perfectos que la luz de la estancia corría libremente sobre su circunferencia. Las yemas de mis dedos la tantearon en busca del punto exacto.

—Permítame su bolígrafo, licenciado Silbernagi.

Lo coloqué en la superficie de la mesa. Súbitamente, el bolígrafo fue engullido por la superficie de metal.

—En este momento mis replicantes están reconociendo la estructura plástica del bolígrafo, incluida la composición química de la tinta, para crear moléculas gemelas.

La esfera dejó ver una pequeña protuberancia. Ésta comenzó a extenderse y a sobresalir del contorno. Ahora se había convertido en una réplica fiel del bolígrafo original. Silbernagi tomó los dos, sin saber cuál de ellos era

el suyo.

—Oiga, usted sí que es una caja de sorpresas. ¿Qué más tiene en su cabeza?

—Eso le costará más —cortó Gretel—. ¿Tenemos un trato o qué?

Silbernagi la observó, ligeramente molesto. Se volvió hacia mí y dijo:

—Lo felicito por su invento, jovencito. Es obvio que usted domina este campo y, sobre todo, que es un habitante de la Tierra, y eso, permítame decirlo, no se ve todos los días. Creo que puede tener múltiples aplicaciones en mis negocios. Pero por ahora deben darme tiempo para someterlo a la Junta Directiva. Es el proceso normal.

Gretel cambió de postura e hizo vibrar su exoesqueleto.

—¡Oiga! No crea que somos idiotas. Esto no es lo que queríamos. Usted puede hacer con él lo que quiera: uso doméstico, uso comercial, yo qué sé. Nosotros le ofrecemos un producto que puede cambiarle la vida. No necesita pensarlo.

—Tiene razón pero… ¿cree que pueda obtener otro a partir del prototipo? Hacer que se reproduzcan por sí solos. Me interesa obtener un colectivo de replicantes para crear infinidad de objetos. Uno solo no abarcará el mercado de Silbercom y todas sus aplicaciones.

—No veo de qué forma hacerlo —observé.

—¿Qué tal un espejo? —intervino Gretel—. Podemos hacerles saber con una simple imagen que son ellos mismos el objeto al cual queremos reproducir.

—No está mal —consideró Silbernagi.

Gretel expulsó un compartimiento de su muslo y sacó un espejo del tamaño de su mano. Lo acercó a sólo unos cuantos centímetros de la esfera. Por unos momentos no sucedió nada. La esfera rodó medio cuerpo lentamente, hasta posarse casi de frente a su propia imagen. Una pequeña ola vibró en su superficie, le sucedió un ligero temblor. Enseguida se sacudió.

—¡Lo va a hacer! —gritó Gretel.

La esfera comenzó a engullir la parte inferior del espejo hasta que terminó por cubrirlo como una capa de chocolate. Lo deshizo hasta transformarlo en estado líquido. Crestas y vaivenes se encumbraban y resbalaban en explosiones lánguidas, sin que quedara ningún vestigio de la forma original. Durante una fracción de segundo se me oprimió la garganta. Gretel estaba nerviosa, como si adivinara que iba a pasar algo. El

licenciado Silbernagi, sentado del otro lado de su escritorio, se puso tieso, sin quitarle la mirada de encima a mi océano replicante.

La masa se apaciguó, pero comenzó a abandonar otro fragmento de proporciones menores. Volvió a su forma original, al igual que el otro.

Ahora había dos esferas.

Las facciones de Silbernagi se endurecieron. Fijó la vista en mí y tragó saliva.

—Mhh —musitó.

Gretel se llevó los puños a las caderas.

—Ahí lo tiene —dijo—. Y como a usted le interesa adquirir al mayoreo, a nosotros nos agradará el pago inmediato y, por supuesto, justo.

—Dos mil jornadas —propuso Silbernagi.

—¡Pero el costo de producción fue de mil! —protesté.

—Ese es el precio, amigo. Tómelo o déjelo.

Gretel y yo nos miramos, tratando de ponernos de acuerdo. Terminé por ceder.

—Trato hecho —declaró Gretel—. ¿Quiere ponerlo por escrito?

Silbernagi mandó llamar a la secretaria para que trajera un talonario. Elaboró el cheque en segundos y se lo extendió a Gretel para que lo firmara. Estaba a punto de hacerlo cuando algo la interrumpió.

—¿Oyen ese sonido? —preguntó.

—Parece un ronroneo —observó Silbernagi, rascándose con inquietud el mentón.

Dirigí la mirada al escritorio y no pude disimular que algo no estaba bien.

—¡Oh, no! —musité.

—¿Qué pasa? —preguntó Silbernagi.

—¿Alguien sabe dónde quedaron las esferas?

Llegó un quejido de metal desgarrado, como si el frío intentara encoger la materia más resistente. Miramos debajo del escritorio de Silbernagi, incluso Gretel hizo el esfuerzo. Las esferas se habían reagrupado y multiplicado en decenas, como si fueran cajas de huevos recién vueltos a la vida.

—¿Qué sucedió? —preguntó Gretel, abarcando con una sola mirada todos los detalles.

—Al parecer el proceso todavía no terminaba. Mientras discutíamos, ellos

dedujeron que eran el objeto a replicarse. Creen también que el escritorio es un material de desecho.

De nuevo se escuchó el mismo sonido de metal. El escritorio se convirtió en una masa de múltiples protuberancias, una encima de la otra.

—Tenemos que salir de aquí —dije.

—Esta es mi oficina —reclamóSilbernagi, entre la lealtad a su segundo hogar y la angustia más desordenada.

—Entonces que así sea —me dirigí hacia Gretel—: No debes dejar que te estudien, mucho menos que te toquen o pueden sacar la conclusión de que eres un objeto obsoleto.

—¿Crees que dejen de reproducirse? —preguntó.

—Lo dudo, a menos que rompamos la secuencia.

Gretel miró su exoesqueleto como si estuviera en ropa interior enfrente de un lascivo grupo de romanos.

La sujeté por la muñeca y tiré de ella; apreté el paso como quien desea salvar su vida. Silbernagitomó sus antigüedades del aparador y corrió rápidamente; su rostro era una mezcla de horror y angustia. Un charco plateado se escurría por el suelo de la oficina y más allá de sus límites. En poco tiempo todos los objetos fueron sustituidos: no eran más que protuberancias inestables que no tardaban en convertirse en fieles réplicas de la esfera. Todos comenzamos a dirigirnos hacia las puertas.La secretaria tuvo un ataque de pavor al ver que los controles de seguridad no respondían: la instalación solar había sufrido un desperfecto.

Ya fuera de la oficina, Gretel cargó un mueble e hizo una barrera con él para atrancar la puerta. Los demás tomamos cuanto vimos útil e hicimos lo mismo.

—Con eso será suficiente —dijo Silbernagi.

Yo tenía mis dudas.

Varios elementos de seguridad que se detuvieron ante la presencia de Silbernagi miraron con incredulidad la puerta mientras era invadida. La primera esfera sustituyó al pomo de cuarzo y enseguida le tocó el turno a las paredes colindantes.

Uno de los guardias disparó su arma de fuego, aumentando la descarga a proporciones semiatómicas. Era inútil: la masa engullía las descargas fácilmente. Observé cómo los marcos de la puerta caían bajo su propio peso hasta desvanecerse en el núcleo de la masa que se agitaba y se multiplicaba. De los mandos de seguridad brotó otra esfera. Ya habían

desparecido las paredes, y el zócalo comenzaba a morir para renacer en nuevos elementos. La máquina de café fue tragada por completo. Ante nuestros ojos el cielo raso, las cornisas, los archiveros y las macetas con plantas se desgajaban de sus viejas pieles. Las luces de recepción solar se deshicieron y los pasillos quedaron en penumbras.

Logramos seguir en pie el tiempo suficiente para ver las etapas de demolición. A mi alrededor se movían los empleados nerviosamente; en el ambiente flotaba una ácida sensación de miedo y sobresalto. Un instante después nos apretujamos en el elevador.

Durante un segundo sentí el exoesqueleto de Gretel antes de que la corriente de la turba la apartara de mí. Luché contra la marea, tratando de encontrarla. El elevador se atoró y dejó de funcionar; a decir verdad el efecto gravitante lo mantuvo a salvo de caer, pero algunos empleados trataron de descender por la abertura.

Supe que se dirigían a una muerte segura, por lo que intervine:

—Vamos, cálmense; estoy seguro que encontraremos una salida.

Renunciaron a su intento y entonces me di cuenta de lo que estaba sucediendo: muchos de ellos yacían en el suelo, algunos desmayados, otros lesionados. Los gritos de terror contrastaban con la silenciosa marcha de las esferas mientras alteraban la estructura del edificio. El techo se inclinó en ángulos improbables y el piso comenzó a ondular en forma extraña.

Por un momento sentí que todo a mi alrededor se paralizaba, ya que no podía avanzar ni liberar siquiera un miembro.

De pronto fui empujado hacia un resquicio junto a la pared; no había ningún otro hueco disponible, pero tuve la oportunidad de escuchar claramente las pisadas de Gretel.

—¡Gretel, aquí! ¡Aquí estoy!

De forma resuelta, avanzó hacia mí. Hizo a un lado a toda esa gente como si se tratara de una institutriz en un jardín de niños.

Comenzaba a perder el aire cuando ella llegó hasta mí.

—¿Puedes sujetarte de mi cuello? —preguntó.

—Si hace falta —alcancé a decir.

La gente trató de subirse encima de ella, pero Gretel se deshizo de ellos.

—¿Sabes cómo salir? —pregunté—.Es decir… ¿puedes ver?

—Por supuesto — y añadió, como si eso lo explicara todo—: Visión infrarroja.

Nos abrimos paso entre montones de gente confundida; dejamos atrás obstáculos que aparecían y se esfumaban en pulsaciones alocadas. Alcanzamos las escaleras, con Gretel avanzando de tres en tres escalones. De pronto se detuvo.

—Mi traje… —dijo con un hilillo de voz lleno de desdicha—. *Lo han tocado.*

—¿Dónde?

—En el hombro. Son tres.

—¿Cómo lo sabes?

—El sistema del traje los detectó. Tengo que quitármelo.

Encendió una luz próxima a su hombro. Ahí estaban, con un calor reciente emanando de sus cuerpos. Tuve que apresurarme para abrir los broches y sacarla de todo ese metal. Cuando terminé, gran parte de la armadura estaba siendo atacada por la masa.

—¡Abrázame, Hansel!

Salté sobre ella y la obedecí tratando de no ejercer demasiada fuerza. Los contornos de sus pómulos emergían debajo de sus ojos impacientes. La tomé con delicadeza por su liso vientre, mis brazos lograron el mejor cuenco que podía existir.

Podía pensar en muchas cosas: en la muerte que se avecinaba, en los proyectos que nunca vería completados, en mis viajes por el Sistema. Pero sólo me quedé hechizado por su encanto. Ella lo intuyó en mi mirada, y esperó pacientemente algún movimiento mío; después de todo, éste iba a ser el último acto afectivo de su hermano gemelo. Acerqué mi rostro al suyo y besé sus labios. Por un maravilloso momento fui correspondido.

Se apartó y me susurró:

—Podemos hacer el esfuerzo.

—No sé cómo.

—Sólo el esfuerzo…

Corrí hacia las escaleras más próximas con Gretel en brazos; no soy un hombre de músculos, por lo que soportarla era como levantar dos costales de harina sin faja. Me concentré únicamente en mover las piernas lo más rápido posible.

Salimos a un pasillo en el que varias personas corrían despavoridas. Una de ellas me empujó y casi estuve a punto de caer y aplastar a Gretel. Me enfadé pero continué la marcha. En un recodo advertí una luz que me

resultó familiar. Era el vestíbulo, o lo que quedaba de él. Sus paredes comenzaban a metalizarse, aunque algunos resquicios estaban aún libres. En poco tiempo nos encontramos fuera del edificio que latía y se agitaba igual que una sustancia enloquecida.

Situado sobre la tierra del centro corporativo, el edificio había cobrado otra forma. Ahora yacía ahí la esfera de metal. Su nivel de crecimiento ya era mínimo.

La policía había formado una valla de seguridad para contener a la gente. Periodistas, paramédicos y público observaban, petrificados, aquel estúpido monumento.

Cuando acosté a Gretel sobre una camilla noté que alguien nos había seguido. Se trataba de Silbernagi.

—Aguarde —dijo—. Aún falta cerrar nuestro negocio de réplica.

Moví confundido la cabeza.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirí.

—¿Recuerda mi comentario acerca de abandonar la Tierra? Pues ahora pienso hacerlo. No se preocupe: mi seguro cubrirá los daños.

—Es un proyecto fallido —dije con frustración—. No sé de qué forma le puede interesar.

—Tenga. —Me dio una lista con los nombres de varias compañías desperdigadas por todo el Sistema—. Mis competidoras. Ahora haga lo mismo con ellas.

—¿Me está diciendo que mi invento es, después de todo, un arma?

—Es un excelente producto armamentista, amigo. Incrementaré su paga al doble. El traje cibernético de su adorable hermana va por mi cuenta. ¿Qué dice?

Miré el rostro huesudo y afilado de Gretel; sospeché que había escuchado nuestra conversación porque la vi esbozar una sonrisa. Tenía una muy buena experiencia en mercadotecnia; sabía lo que podía hacerse con un producto como este.

—Vaya, tal parece que tenías razón —le dije—: Nada más deja que tenga mi propio exoesqueleto y encuentre una clínica de recambio.

Siempre me agradaron las peleas justas.

**Mauricio del Castillo nació en la Ciudad de México, en 1979. Es licenciado en la carrera de comunicación por parte de la Universidad**

**Nacional Autónoma de México. Pasa su tiempo libre dedicado a la lectura y a la imaginación. Entre sus escritores favoritos cita a Alfred Bester, Ray Bradbury, Cordwainer Smith, Philip K. Dick, Theodore Sturgeon, Harlan Ellison, Robert Sheckley, Stanislaw Lem, Ursula K. Le Guin, Robert Silverberg y John Varley. Ha colaborado para las páginas NGC 3660, Sitio de Ciencia Ficción y Otro Cielo.**

**Este es su primer cuento en Axxón.**

**Este cuento se vincula temáticamente con PAREJA PERFECTA, de Steve Stanton; HISTORIA DE AMOR, de Carlos Almira Picazo; NANOBOTS EN EL CÉSPED, de Louis B. Shalako; NANOS de Diego Escarlon y SIN NOMBRE, de Eduardo J. Carletti.**

Axxón 215 - febrero de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Ciencia Ficción : Nanotecnología : Cibernética : México : Mexicano).

# La Dama de Shallot contempla el Espejo de la Muerte...


## Elaine Vilar Madruga

CUBA




Ilustración: SBA

Desde Camelot la de las torres
corre el río de metal donde los hombres,
—como hormigas famélicas—
se empeñan en crear la tierra.
Desde Camelot la de las torres
llegan a ella los sonidos y las nubes
y, a veces, un balido unánime de héroes
que se enfrentan a la nova silenciosa de los años.
Desde el Espejo, la Dama se observa los dedos de hierro,
el rostro de hierro
—a pesar de todo hermoso—
la boca y los dientes grises
donde el tiempo viene a posarse en ocasiones.

Es una mujer de humo construida y abandonada por los Sabios,
aquellos que le prohibieron escapar de la torre
y pusieron frente a sus ojos
aquella Camelot de torres y banderas,
como la tentación arcana de las naves
que sabe no volverá a ver.

Es la Dama, la Oscura de Shallot.
Es la fatal, y en ocasiones,
también un pozo marchito de misterio.

Su soledad mana como un aguacero unánime
sobre las orillas de los ríos,
donde una barca de hierro y nube extiende alas intangibles.
Es la nave apenas un esqueleto
como lo es también la torre,
como las voces de los Viejos en las estrellas
que la dejaron
   —siempre a solas—
atada al Espejo por una cuerda de metal
que a veces entreabre un ojo púrpura
como una vida abstracta que la mide.
*¿Marcharás?,* le pregunta, *¿a Camelot*
   *la de las torres?*
*¿Les mostrarás tus ojos redondos de muñeca?*

El cangrejo del miedo devora los recuerdos de la Dama de Shallot

   que grita y gruñe,
y prueba maldecir al dios
que la hizo materia en la forja de las nubes.
Pide que le traigan esa barca

donde los dioses de la muerte
mueven bocas enormes y negras
como riéndose de los huevos que aquel cangrejo oculto
ha sembrado en su cabeza.
Gruñe y grita: maldice a Camelot la de las torres
donde sin duda un hombre
—que jamás conocerá su rostro—
amará a otra doncella hecha de piel y huesos, y de una vida
que acaba y sopla como el viento del oeste
sobre los dientes de los dioses.
Piensa en llorar, pero no puede
(quizás no ha sido programada),
y a veces aún maldice a esa mujer que amarán otros
con los ojos redondos de los ahorcados.
Escupe su rabia y suplica a los dioses otro cuerpo
(quizás uno peor, no le importaría la carne
ni el miedo a la putrefacción azul,
ni a las mordidas de gusanos telépatas
que le corroerán hasta los sueños),
pide una salida de esa cárcel que es la torre,
una ventana en el Espejo donde Camelot la de las Torres
durará un chispazo apenas de aquella eternidad
que le ha sido concedida.
Ruega por una sola lágrima,
un soplo siquiera de las aguas donde reposa
esa nave de las estrellas que la trajo
desde el aliento de la vida.
Quiere estrujar las costas con sus dientes:
tan cerca Camelot que bastaría impulsarse
fuera de las piedras de la torre
para alcanzar la otra orilla
y ver los ojos de los hombres.

Su último grito es suficiente:
estruja el Espejo entre las manos
y destruye la cuerda con el ojo divino
que la mira con una mueca
de tiempo silencioso.
Estalla el Espejo,
y la mentira carcomida por los siglos
le asalta la pupila en un instante:
no existe Camelot la de las torres,
no existe río ni tierra,
ni aquel Caballero que jamás sabrá su nombre…
sólo sobrevive la imagen de un desierto de piedra profunda,
—planeta guijarro y polvo—
el espejismo de una soledad desierta
que los dioses de la muerte
eligieron
para hacerla vivir la próxima eternidad.

**Elaine Vilar Madruga. Ciudad de La Habana, 1989. Graduada de Nivel Medio de Música en la especialidad de guitarra clásica. Graduada de la Academia de Etnografía y Tradiciones Canarias en Cuba, de la especialidad de Literatura. Obtiene premios como "La flauta de chocolate", "El viejo y el mar" de literatura infantil, mención en el Calendario 2006 de ciencia-ficción, mención en el Concurso Iberoamericano de Relatos BBVA - Casa de la América 2007, Premio Identidad Femenina y Primera Mención del concurso Tertulia Canaria 2008, así como diversos premios y menciones en los Encuentros de Talleres Literarios municipal y provincial. Primera mención del Concurso de literatura infantil y juvenil de la Tertulia Canaria 2008. Finalista del concurso internacional Evohé Ediciones 2008 de poesía mitológica, en España. Colaboradora y editora de la revista digital La Voz de Alnader. Ha sido publicada en antologías y revistas nacionales e internacionales. Ganadora del Decimosegundo premio "Indio Naborí" de décima del año 2008. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz desde el año 2007. Ganadora del Premio Extraordinario de Cuentos de Nunca Acabar, del Primer Concurso Internacional "Garzón Céspedes" 2008, con el relato "Concepción". Ganadora de la primera mención en poesía de los VI Juegos Florales, auspiciado por la Asociación Canaria de Cuba en el año**

**2008. En el año 2009, obtiene mención en el género de cuento en la 20 edición del concurso "Alfredo Torroella". Ganadora también del Premio del Primer Certamen Internacional de Poesía Fantástica y de Ciencia-Ficción "Minatura 2009", en España, con su poema "Eva"; donde otro de sus poemas "Las preguntas de la zorra", quedó también finalista. Ganadora del I Premio "Día Mundial de la Poesía", en poesía de temática libre. Ganadora del segundo premio del concurso Juventud Técnica 2009, de ciencia-ficción. Ha ganado también el VII Premio de la Décima Tertulia Canaria (año 2009), auspiciado por el Gobierno de Canarias y la Asociación Canaria de Cuba. Ha organizado, en colaboración con la Editorial Gente Nueva, el proyecto "Behíque" de divulgación del arte fantástico, en el marco de la Feria Internacional del Libro de La Habana, en el año 2009. Co-fundadora y co-organizadora del Taller de Creación de Arte y Literatura Fantástica "Espacio Abierto", también en el año 2009. Graduada del curso de Técnicas Narrativas "Onelio Jorge Cardoso" en el mismo año 2009. Graduada del curso de Etnografía y Tradiciones Canarias, en la especialidad de Literatura (2009). Co-organizadora del Segundo Evento de Arte y Literatura Fantástica "Behìque 2009". En proceso editorial se encuentra su novela "Al límite de los Olivos"; así como diversas antologías y revistas en Inglaterra, Italia, Venezuela, México, Argentina, Cuba y España con obras de su autoría. Publicaciones en antologías: Vuelos de colibrí- Casa Editora Abril. Cartas al padre- ARCI, Italia. Secretos con alas- Casa Editora Extramuros. Cuaderno de los V Juegos Florales- Editorial Cubano- Canarias. Compilación poética de los VI Juegos Florales -Editorial Cubano - Canarias. SOS, Ternura- Editorial Extramuros. 2009. Voces con Vida- Palabras y Plumas Editores S.A. México, 2009. Aldea Poética SXO- Editorial Aldea Poética, España 2009. Publicaciones en revistas: La voz de Alnader- ezine de fantasía épica y ciencia-ficción. La Edad de Oro en Nosotros- Casa Editora Abril. Cuba Confluencias- Madrid, España. Gaviotas de Azogue, número 67, año 2008. México. Minatura. Número 92, año 2009. España. Axxón, Argentina.**

**En Axxón hemos publicado sus obras PARADOJA, GÉNESIS y LOS QUE NO SABEN MORIR (poema).**

**Este cuento se vincula temáticamente con EN EL UMBRAL ENTRE LUGARES Y TIEMPOS, de M. Eugenia Pereyra; EL PRECIO DE LA VENGANZA, de Nazarethe Fonseca y EL AUTÓMATA, de Carlos Almira Picazo.**

Axxón 215 - febrero de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Fantasía : Leyenda : Cuba : Cubana).









Encuéntrenos en http://axxon.com.ar

Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm

Dirija sus comentarios sobre esta versión a axxonpalm@gmail.com

Siga nuestras novedades en Twitter: **@axxonmovil**